

Los que duermen

JUAN GÓMEZ BÁRCENA

Una recóndita ciénaga de Germania, donde los cuerpos de cientos de prisioneros sacrificados a los dioses emergen a la superficie siglos más tarde, devolviendo al presente el enigma de su existencia. Un simulacro de campo de concentración construido por Hitler para burlar las inspecciones de la Cruz Roja Internacional. Una comunidad de robots abandonada que sigue anhelando el regreso de sus creadores. Quince relatos que forman una constelación sorprendente, en las orillas del tiempo: profecías y destinos subvertidos, ficciones tan fabuladas que igualan en valor a la verdad, paradojas de la historia. Una extraordinaria colección de relatos que nos transportan a mundos exactos y distantes y que sin embargo conectan entre sí, oscilando entre el presente, el pasado y el futuro.

Juan Gómez Bárcena

Los que duermen

ePub r1.0
Titivillus 11-07-2021

Juan Gómez Bárcena, 2012
Imagen de portada: Riki Blanco

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Ana Lanza, que estuvo a mi lado cuando
este libro era solo un borrador en un cajón.

A Pablo Mazo, que se atrevió a convertirse
en el primer editor de ese borrador.

En memoria del arqueólogo
Ramón Bohigas (1956-2018),
que me enseñó a interrogar el pasado.

CUADERNO DE BITÁCORA

Extracto del diario de navegación de
Juan de Toñanes, capitán de la nao
San Telmo (1564)

[…] Tras lo cual la corriente nos arrastró en dirección Suroeste, no menos de doscientas leguas según mis cálculos, de tal manera que muy difícilmente podían hacerse cábalas sobre la parte del mundo en la que nos encontrábamos. Un solo volumen no bastaría para consignar las maravillas que presenciamos durante las doce semanas que erramos por mares ignotos, ni para dar cuenta del aspecto y las costumbres de tan dispares pueblos como nos acogieron con su hospitalidad o con sus flechas. Digamos tan solo que vimos primero un gran bosque que llegaba hasta el mar, habitado por hombres parecidos a simios que no descendían a tierra salvo para esperar la muerte, y más tarde bahías y peñascos y torres de piedra blanca que no pudimos corresponder con ningún punto conocido de las Indias.

Apaciguada la tormenta y como entre la bruma, presentimos los diques de un puerto que en todo recordaba al de Quito, tierra en la que Belalcázar obrara hazañas sin cuento. Pero cuando gozosos arribamos a su fondeadero, encontramos la ciudad y sus dependencias infestadas de indios que, como por acto de magia, vestían a nuestra usanza, conocían el castellano y el perfecto uso de las armas de fuego y construían sus templos idénticos punto por punto a como se edifican nuestras iglesias en Castilla. Lo más aberrante de esta tierra trastornada es que los indios se hacían servir por esclavos españoles de luengas barbas, que vestían taparrabos a la manera india y acataban las órdenes en lengua indígena. Al instante comprendimos que la tormenta nos había alejado hasta las antípodas del mundo, donde todo sucede trastocadamente, las liebres persiguen a sus cazadores y son los esclavos dueños de sus amos. Temerosos de ser apresados, nos hicimos a la mar en busca de la sensatez de tierras donde los españoles siguen siendo españoles y los bárbaros, bárbaros.

Pero he aquí que en nuestra fuga dimos con una tierra si cabe más fabulosa, de la que según nos consta no se ha escrito nada hasta la fecha, por quedar muy distante de las principales rutas. Tal es el caso de la tierra de los biroches, que se llaman a sí mismos comerciantes de palabras y que, en su ignorancia, se tienen por el pueblo más justo sobre la tierra. Es su isla no mucho más grande que la de Trinidad, si bien más dotada de riquezas y población, la cual es por cierto tan gentil y hospitalaria que las tres semanas que pasamos entre ellos lo hicimos honrados como sus huéspedes. Al principio nos sorprendió en el trato la parquedad de sus palabras, sobre todo

entre los muy pobres. Más tarde averiguamos que ello era debido a una insólita costumbre según la cual el Emperador es el único dueño y señor de la lengua biroche, no pudiendo sus súbditos disponer libremente de las palabras sin antes pagar por cada una de ellas un precio convenido. Pues consideran que, de entre todos los patrimonios humanos, es con mucho el lenguaje el más valioso y útil, por lo que los biroches exigen que las palabras sean tasadas como una mercancía más, e intercambiadas y vendidas de tal manera que los compradores puedan hacer uso de ellas. Tan grave como el asesinato o el robo es emplear en un discurso una palabra cuyos derechos no se han adquirido, y existen magistrados imperiales que velan por que tal no suceda y cada biroche pronuncie únicamente aquellas palabras que por su economía le correspondan. Son en esta prohibición inflexibles, de tal manera que desde antaño se castiga a los infractores con la muerte. De ahí que nuestro intérprete se viera obligado a emplear nuestras arcas en la compra de un vocabulario básico, para ser así uno más entre ellos y poder transmitir rudimentariamente nuestras preguntas y deseos.

Otra peculiaridad de los biroches es que, si bien estipulan con gran precisión el valor de cada palabra, no tasan el precio de objeto alguno, pues consideran que saber nombrar algo es equivalente a poseerlo —cuando nos interesamos por el precio de una túnica bordada en oro, respondieron que su valor era el resultado de comprar las palabras «túnica» y «oro»—. De lo que fácilmente dedujimos que las palabras tienen valores muy dispares; así, mientras que las preposiciones, ciertos verbos y algunos nombres de valor ínfimo como «mazorca» o «guijarro» se pagan casi a precio de regalo, palabras como «tesoro», «ciudad» o «reino» tienen un valor incalculable. Baste decir que nunca conocimos el nombre del Emperador —aunque nos recibió con gran cortesía en su palacio—, pues ningún gentilhombre era entre los biroches lo suficientemente rico para permitirse pronunciarlo. Por otra parte, parece costumbre entre los muy pobres, cuando ya lo han perdido todo, vender a hombres más poderosos su única posesión: su propio nombre. Así, pasan desde ese mismo momento a ser sus esclavos y a servirlos en todo aquello que sus protectores ordenaren.

En cuanto a su gobierno, los biroches se tienen por muy democráticos, pues someten todas las decisiones de Estado a consulta popular, sin importar ni el rango ni el linaje de sus miembros. Sucede, sin embargo, que mientras los biroches ricos se han esforzado en dotarse de un vocabulario aceptable y son capaces de disertar sobre cualquier tema, los más pobres apenas pueden procurarse más de cien o doscientas palabras a lo largo de toda su vida, por lo

que muy pocas veces se atreven a pronunciar discursos y generalmente se ven impedidos para opinar sobre las cuestiones más simples. Ni siquiera pueden regatear los precios de las pocas palabras que compran, pues les falta el vocabulario pertinente en números y cifras. Todo consiente el Gobierno biroche; incluso las protestas contra el propio Gobierno, con una libertad tal que sería intolerable en nuestras Cortes. No hay, sin embargo, nadie lo suficientemente rico en palabras para trastocar el Estado; y si lo hubiere, no sería su voluntad cambiar aquello que tan claramente le favorece. La Historia biroche recuerda hombres preclaros, de vasta fortuna, que en el pasado trataron de comprar el nombre del Emperador, para convertirse así en el Emperador mismo. Todos fracasaron sin embargo en su empeño, como fracasaría un libro que se propusiera catalogar todos los libros; para pronunciar el nombre del Emperador es menester demostrar que se poseen todas las voces del idioma, entre las cuales ha de contarse forzosamente la propia palabra «emperador». De lo cual se deduce que este permanecerá así, innominado, durante siglos.

Poco añadiremos acerca de las tres semanas que estuvimos entre los biroches, salvo que las pasamos dedicadas a investigar la mejor manera de sacar provecho a sus riquezas, pues gozan estas tierras de tales provisiones y tesoros que una vida entera no bastaría para contarlos y valorarlos. Acariciamos la idea de forzar sus riquezas por espada, dado que no erigen ni murallas ni alcázares y desconocen la metalurgia; su gran número, sin embargo, nos contuvo, considerando además que a lo largo de la travesía nuestra tripulación había quedado reducida a menos de cincuenta hombres. Pedro de Villegas, que a la sazón era nuestro cartógrafo, propuso entonces un ardid que resultó con mucho más provechoso que el ejercicio del hierro. Pues blandiendo los muchos mapas y portularios que consigo había traído habló en palacio de la existencia de los remotos reinos de Castilla y de Aragón y de Francia y de la Berbería y de otros muchos, y tan maravillado quedó el Emperador con su relato que quiso al instante comprar los nombres de tales naciones, convencido de que de tal modo pasaría a ser su dueño. Y solo por grandes montañas de oro y de piedras preciosas consentimos en venderle Castilla primero, y más tarde los nombres de todas las coronas grandes y pequeñas que acudieron a nuestra memoria, reino de Preste Juan incluido, por cuya posesión el propio Emperador se desnudara de sus atuendos reales. Y de burla inventamos para su coronación extravagantes ceremonias y fórmulas, de tal manera que compusimos para él cetros y coronas de hierro con las que lo fuimos nombrando rey de Portugal y duque de Lituania y bajá entre los turcos

y kan entre los mongoles, y aun príncipe del Infierno, pues a tal última adquisición lo llevaron su ingenuidad y su codicia. Y sujetando los muchos cetros y visiblemente emocionado, repetía para sí los nombres de los reinos que iba comprando, y sus muchos súbditos se arremolinaban en torno al palacio para presenciar la ceremonia que, en su gran credulidad, convertía a su rey en emperador del mundo.

Unos días más tarde nuestro galeón estaba ya listo para partir, a punto de desbordarse por las muchas riquezas que lastraban su bodega. Y antes de nuestra marcha nos visitó el Emperador con sus más ilustres acólitos, y ensoberbecido por su nombramiento sus porteadores nos fueron entregando uno a uno ridículos monolitos de piedra, en los que habían grabado incomprensibles jeroglíficos biroches. Esforzándose por contener la risa, nuestro intérprete nos explicó que aquellas losas cifraban las primeras disposiciones reales del Emperador, y que teníamos orden de llevarlas a cuantas cortes encontráramos en nuestro camino, pues todos los hombres del mundo habían pasado a ser sus súbditos. Fingiendo gran reverencia consentimos en embarcarlas en la nave, con el propósito de arrojarlas por la borda no bien llegáramos a alta mar, y aún escuchamos unas últimas órdenes que no pude entender correctamente, porque para ello me estorbaba la mucha risa de mi tripulación. Más tarde, nos hicimos acompañar al puerto, donde la agradecida población biroche nos despidió con gran agasajo[…]

FÁBULA DEL TIEMPO

Cada vez que un forastero habla del paso inexorable de los años o lamenta la imposibilidad de trocar nuestro destino, el bardo toma la lira y canta la historia de la joven reina Bandica, que por amor a un muerto concibió la locura de viajar en el tiempo. Pues su esposo el rey, que por edad casi hubiera podido ser su padre, acababa de fallecer, y ella lloraba día y noche desconsolada sobre su tumba. Quienes la escucharon dicen que imprecaba a gritos a los dioses, que habían permitido que se enamoraran siendo él un anciano y ella apenas una niña que comenzaba a vivir. Los hados habían equivocado sus edades, y ellos, que estaban destinados a nacer y morir juntos, habían estado separados primero por cuarenta años de distancia y ahora por el insondable abismo de la muerte.

Un día, Bandica hizo llamar a los magos y sabios de la corte. Les dijo que su corazón moría de pena y que su única esperanza era encontrar la manera de ver de nuevo con vida a su amado. Por eso les consultaba a ellos, que todo lo sabían, para que le enseñaran la forma de remontar las aguas del tiempo hasta los días felices en que su esposo el rey aún vivía. Los magos se miraron con impotencia. Todo esto ocurría en tiempos muy lejanos, cuando el mundo era tan joven que aún estaba lleno de prodigios y hechos asombrosos; pero no tanto como para que simples mortales supieran rebobinar las ruedas del tiempo, cuyos ejes solo conoce el Altísimo. El primero de los sabios dijo que el pasado era irrecuperable como la honra de la mujer una vez perdida, pero que podía aconsejar a la reina sobre el modo de ensanchar las fronteras de su reino y conseguir cuanto su apetito de poder anhelara. La reina respondió que ningún bien necesitaba, pues ya no tenía a nadie con quien compartirlo. El segundo de los magos dijo ser capaz de preparar filtros amorosos para tener a su disposición a los hombres más apuestos del orbe. La reina contestó que el único hombre en quien querría resucitar el amor yacía bajo tierra. Por fin, el último hechicero dijo que el retorno al pasado era tan imposible como inevitable era el viaje al futuro, y que en eso consistía la tragedia de ser hombre. Por ello no se sentía capaz de enseñar a la reina nada más que conocimientos inútiles; meros sofismas con que entretenerse mientras sus

vidas se consumían como el cabo de una vela. A este tomó la reina como su consejero privado e hizo cubrir de honores.

Una noche que contemplaban las estrellas, el mago señaló el cielo y entre otros muchos comentarios estériles dijo: «Mírelas, Alteza. Están tan lejos que su brillo continúa llegando hasta nosotros, aunque muchas de ellas ya se hayan apagado». Aquella noche la reina no pudo conciliar el sueño. Pensó en las palabras del sabio; pensó en el resplandor disperso del cielo y en cómo desde la tierra las estrellas muertas continuaban estando vivas. Pensaba en ellas al vestirse en silencio y aún seguía haciéndolo mucho tiempo después, mientras corría por el jardín del palacio aprovechando las sombras de la noche. El amanecer la sorprendió al otro lado de las murallas de la ciudad y solo entonces su decisión estuvo tomada.

Durante días y días, la reina prosiguió su marcha hacia el sol naciente. En su camino atravesó llanuras infinitas en las que descubrió la soledad y aldeas miserables en cuyas chozas comprendió la pobreza. Por todas partes, encontró ruinas y hombres que arañaban los frutos de la tierra con esfuerzo. La reina conoció también el hambre y se vio obligada a mendigar raciones de pan y agua. En cada posta se detenía para preguntar quién era el monarca que gobernaba aquellas tierras. Los posaderos contestaban que su rey había muerto tras dolorosa agonía y que su joven esposa la reina Bandica lloraba día y noche sobre su tumba. La reina cabalgó aún más lejos, sin pensar en nada. Reventó caballos, salvó infranqueables ríos, recorrió de cabo a cabo el desierto donde los viajeros perecen de sed. En una posada que se alzaba en medio de ninguna parte, repitió la pregunta. El mesonero contestó que su rey, un hombre ya muy anciano, acababa de desposarse con una joven mujer que por edad habría podido ser su hija.

Bandica apresuró su paso. Llegó hasta donde llegan los hombres sensatos y después continuó hacia adelante. Atravesó las montañas desoladas que ni siquiera los buitres sobrevuelan y los pantanos en los que se hunden y extravían las mulas de los correos. A bordo de un balandro desvencijado cruzó los siete océanos y cada uno de sus insondables piélagos. Bandica no sabría decir si continuaba dentro de las fronteras de su reino o si estaba a punto de llegar al límite de la tierra, donde los mares se desvanecen en una catarata que cae eternamente. Pero cierto día encontró una isla, en esa isla una aldea, y en esa aldea una posada en la que los hombres pagaban sus rondas con monedas que tenían acuñada la efigie de un rey niño. Bandica sonrió y supo que por fin había llegado al lugar que buscaba.

En aquella isla remota, la reina dejó pasar la vida entera. Año tras año creció con ese niño; en el reverso frío de las monedas vio definirse cada vez más claramente los rasgos que algún día amaría y cubrirse de nuevo de barba sus mejillas. Lentamente aprendió a amarlo como lo amaban sus súbditos: en la distancia. Cada año arribaba a la isla un barco que traía noticias de la capital. Bandica aguardaba incansablemente su llegada. Por él supo cada uno de los avatares que su amado vivía al otro lado del reino. Sufrió con él la derrota a manos de los bárbaros del norte de la que recordaba haber oído hablar a sus abuelos y, la primavera siguiente, celebraron los festejos de su definitiva victoria. Conoció también la noticia de que el rey había sido herido en el campo de batalla. Día y noche, Bandica esperó en el puerto la noticia de su recuperación, con la fidelidad de una amante esposa.

Lentamente, fue pasando el tiempo. Juntos cumplieron treinta años y después cuarenta y cincuenta. La vejez les dio alcance al mismo tiempo y sus rostros se fueron cubriendo de idénticas arrugas. Ambos eran ya muy ancianos la mañana en que el barco del correo llegó anunciando la boda del rey con una joven princesa que por edad podría haber sido su hija. Bandica contempló el rostro de aquella niña en una de las monedas recién acuñadas y le pareció una extraña. Sintió como si su juventud en palacio hubiera sido solo un sueño: una fantasía mucho más irreal que la vida de su amado, que sin duda continuaba caminando y respirando en algún lugar de la tierra. Y el día que sufrió los primeros estertores de la muerte supo que en ese rincón opuesto del mundo el rey estaría sintiendo aquel mismo dolor en el mismo instante. Tal vez por eso no sintió ninguna tristeza, y se limitó a sonreír con una sonrisa que no sabía si le pertenecía a ella o a él.

Poco después llegó el barco del correo. Tenía el velamen negro y las banderas del reino ondeando a media asta, pero en el puerto no había nadie para apreciarlo. Del barco descendió un cortejo de plañideras que traían tristes noticias de la capital: pues el rey había muerto tras dolorosa agonía y su joven esposa había desaparecido en el desierto donde los viajeros perecen de sed, persiguiendo la locura de retroceder en el tiempo. No encontraron a nadie a quien comunicar las nuevas. Ni hombres trabajando en los sembrados ni pastores apacentando sus rebaños de cerdos y cabras. La isla estaba desierta. Las plañideras la recorrieron de costa a costa mesándose los cabellos y profiriendo tristes quejidos de dolor, pero nadie pareció escucharlas. Por último se dirigieron a la iglesia. En su camino se cruzaron con un grupo de hombres y mujeres que venían en dirección contraria, acompañando un féretro. Por un instante, cesaron en sus lamentos para preguntar qué sucedía,

pero los desconocidos les indicaron con un gesto que callaran y continuaron su camino.

Aquellos eran los funerales por la anciana Bandica, conocida en toda la isla por su nobleza y por su costumbre de mirar fijamente las estrellas. Y eran tantos los que la acompañaban en su último viaje que las plañideras tuvieron que hacerse a un lado y esperar su paso.

LA LEYENDA DEL REY AKTASAR

1

Cuentan las leyendas cairas —aunque miente todo aquel que cuenta una historia— que Itata y Axime son padre y madre de todos los hombres, desde el más mísero hasta el más próspero. Pasados los siglos, la mayoría de los pueblos lo han olvidado y se refieren a ellos con nombres falsos y sacrílegos. Solo los cairos recuerdan el verdadero nombre de sus padres, dicen los cairos.

Cuentan también que Itata y Axime son un hombre gordo y una mujer embarazada de ciento catorce meses; ambos seres repugnantes y calvos, con el cuerpo repulsivamente cubierto de verrugas y erupciones. A pesar de que nunca han hablado a los hombres —hasta tal punto llega su arrogancia—, de ellos se sabe que llevan toda la eternidad sentados en el fondo de una caverna con las manos diestras enfrentadas en un pulso infinito, mientras con la izquierda beben alternativamente de una gran vasija de cerveza. Itata representa el bien, la luz, la justicia y la tierra purificadora; Axime el mal, la oscuridad, la injusticia y el carácter destructor de los cielos. Lo que incluso los cairos ignoran es quién de los dos es el hombre repulsivo, quién la mujer embarazada de sí misma. Solo saben que su pulso será infinito, pues están desde siempre igualadas sus fuerzas y se necesitan el uno al otro como el bien al mal; como el cielo requiere a la tierra.

En nada se preocupan estos singulares padres de sus hijos predilectos, los cairos. Un solo obsequio les han legado por su fidelidad desde el origen de los tiempos: una yegua vieja y desdentada, que apenas se sostiene sobre sus patas traseras. Y sin embargo este animal famélico es tan rápido que es capaz de transportar al pasado a quien lo cabalga hacia el alba, y al futuro a aquel que lo dirige al poniente.

Una sola condición impusieron Itata y Axime a su cabalgadura sagrada: nunca se la remontaría en el pasado más atrás del año 1 antes de Itata; nunca en el futuro más allá del año 6524 después de Itata. La razón de dicha advertencia no la conocían los cairos. Solo sabían que estaba cifrada en ciertos signos abstrusos, dibujados con hierro candente en la grupa de la yegua. Ninguno sin embargo fue capaz de entender los signos correctamente, pues todos desconocían por igual el alfabeto. Temerosos de la prohibición de sus dioses, cumplieron la prescripción escrupulosamente, sin hacer preguntas. Al menos durante sus primeros siglos de historia.

2

Cuentan las voces de los cairos —pues nunca llegaron a conocer la letra escrita y sus tradiciones fueron confiadas al viento y a la memoria de los hombres— que fue su rey Aktasar quien los condujo hasta el río Danubio, en tiempos en que el Danubio guardaba la espalda del Imperio Romano. Al otro lado, mostró a sus hombres la riqueza de la nación enemiga y les señaló una a una sus ciudades, sus plazas fortificadas y sus calzadas de piedra, sus puentes, murallas, torretas; sus almenares y aspilleras. Y, al recorrerlas con la vista, supo que ninguno de aquellos diques podría contener la marea del pueblo cairo en armas.

Antes de iniciar el ataque el rey Aktasar ordenó, como era costumbre entre sus gentes, enviar a un jinete al ocaso a lomos de la yegua sagrada para traer noticias acerca del resultado de la batalla. Ocho días y ocho noches más tarde —larga es la carrera que franquea el tiempo, largo el regreso—, el jinete tornó exhausto, portando del porvenir contradictorios informes. Vencerían a los romanos en batalla, dijo, pues había visto un tiempo en que la mismísima Roma era saqueada por los cairos. Pero, acuciado por la curiosidad, el explorador había cabalgado más tarde aún hacia Occidente, y había sabido de otro tiempo, apenas cien o doscientos años más lejos, en que los hijos de los hijos de sus hijos miraban las ruinas de esas mismas calzadas; de los mismos puentes, ciudades, torretas y aspilleras, e ignorantes del pasado, las suponían edificadas por una raza de gigantes remotos.

Aktasar escuchó con gravedad estas palabras. Por fin comprendió que tal vez las armas romanas no podrían contener el furor de sus hombres, pero que nada había en ello que fuera importante. Porque su pueblo, bien pertrechado de espadas y venablos, de dardos y cimitarras, nada valía sin letra escrita, sin palacios y sin mármoles. Nada en su cultura o en su memoria que fuera digno de sobrevivir a los romanos en el tiempo.

Al día siguiente, Aktasar solicitó audiencia con el gobernador de la provincia. Acudió desarmado, humilde, con la mansedumbre de una fiera sin colmillos; tal y como se espera de un caudillo derrotado. Se prosternó a sus plantas y se humilló rogando un pedazo de tierra en que aposentar a su pueblo. El orgulloso gobernador, cuyo nombre no recoge la leyenda, escuchó con arrogancia sus súplicas. Finalmente, accedió a destinar a aquellos bárbaros a la comarca más pobre de su provincia, con la condición de que pagaran un estipendio en oro que los cairos no tenían y hubieron de robar a

los sármatas. Aktasar besó un pliegue de su túnica, agradecido, y se declaró su más humilde siervo.

Corría el año 342, según algunas fuentes, y según otras el 377, en vísperas de la batalla de Adrianópolis.

3

Es fe entre los cairos que, en el tiempo que habitaron la provincia de Mesia, su rey Aktasar gustaba de enviar continuamente emisarios a Oriente y Occidente —esto es, al pasado y al futuro—, y que se divertía reuniendo noticias de personajes muertos o aún por nacer. Para su pueblo, que desconocía el alfabeto, los informes recogidos del ayer y del mañana eran la única literatura a la que tenían acceso. Todo esto era del agrado de Itata y Axime, o más exactamente, no les producía enojo. En una caverna del subsuelo continuaban enzarzados en su pulso eterno, sin prestar atención a lo que ocurría entre sus hijos.

Durante muchos años recorrieron las latitudes y los siglos. Mensajeros del rey Aktasar conocieron todas las épocas y trajeron noticias de todas las naciones pasadas y venideras. Algunos viajes provocaron incluso anécdotas singulares, ya que testigos de otros tiempos veían a yegua y jinete surgir de pronto de la nada y creían ingenuamente hallarse ante milagros o manifestaciones de sus falsos dioses. El emisario sonreía entonces con cansancio y repetía una y otra vez lo que los demás mortales han olvidado: que Itata y Axime, padre y madre de todas las criaturas, son los únicos y verdaderos dioses.

Todos estos viajes eran del agrado de los cairos, pero su rey Aktasar no se contentaba, y su voluntad anhelaba ver más allá de los umbrales impuestos por los dioses. El futuro atraía especialmente su atención, pues ardía de curiosidad por tener noticia del destino final de las gentes y los pueblos. Poco a poco fue cobrando así fuerza en su ánimo el propósito de defraudar la confianza de sus dioses y traspasar, siquiera unos cuantos años, la frontera del futuro.

4

Una leyenda dice que los cairos atravesaron el límite del año 6524 después de Itata por accidente, tras una imprudencia del jinete al azuzar con demasiada energía la yegua. Otra, que la infracción fue ordenada por el propio rey Aktasar como desafío a sus dioses. Una tercera, que el límite jamás fue traspasado.

La tradición más común sostiene, sin embargo, que el rey Aktasar franqueó la frontera del año 6524 después de Itata buscando algo preciso: traer al presente a uno de los hombres futuros para que diera cuenta de las maravillas de las civilizaciones venideras. Por aquellos días, se había convocado en el reino de los cairos una suerte de cónclave al que fueron invitados hombres de todas las épocas y naciones, y en el que acabaría participando también el hombre traído de la edad prohibida. El número de presentes al debate fue tal que, según la leyenda, la mesa atravesaba de parte a parte el reino cairo y, aun así, los asistentes se estorbaban con los codos al sentarse. La reunión estaba presidida por el rey Aktasar y tenía como fin debatir un dilema irresoluble a lo largo de los siglos: qué era realmente un ser humano. Qué diferenciaba al hombre de otros cuerpos o bestias y cuál era el sentido de su existencia.

La pregunta, repetida de convidado en convidado en una cadena interminable para que llegara hasta el extremo opuesto de la mesa, fue juzgada fácil por todos los asistentes. Una vez planteada, todos parecieron tenerlo muy claro y quisieron responder inmediatamente. El antropófago entendía que el hombre era todo animal comestible que sin embargo no debe ser comido —es decir, una definición solo aplicable a aquellos que integraban su tribu—; el cristiano, que era la única criatura hecha a imagen y semejanza de Dios. El caballero armado con la cota de malla dijo que era hombre todo aquel que podía permitirse comer carne todas las semanas, que guardaba las fiestas santas y se bañaba al menos dos veces al año. Entre los invitados griegos había también discrepancia: unos sostenían que era un animal con vocación urbana; otros, que solo eran auténticos humanos quienes rehuían el contacto de otros hombres. El griterío se hizo en unos instantes tan extraordinario que algunas fuentes aseguran que el clamor podía escucharse desde el foro de Roma, las noches que quedaban serenas. En pleno debate solo con dificultad se entendía quiénes sostenían cada tesis: unos, que era el único ser malo; otros, que era el único ser bueno; algunos otros, que resultaba estúpido preguntarse por la bondad o maldad de un hombre. Había quienes apelaban a su racionalidad o a su verticalidad, e incluso una voz fría y monótona repetía que un ser humano es todo aquel animal que puede tener

descendencia fértil con otro ser humano, lo que ciertamente no esclarecía mucho el asunto.

El rey Aktasar cabalgó de un lado a otro de la mesa durante veintisiete días, escuchando una a una todas las opiniones. Al vigésimo séptimo día observó que solo uno de los sabios permanecía en silencio, con los brazos cruzados y una cínica sonrisa: el hombre traído desde más allá del año 6524 después de Itata. Aquel que se hacía llamar relativista. Con un gesto ordenó acallar a los invitados que aún repetían sus tesis; más tarde, preguntó al relativista la razón de su silencio. Con la misma sonrisa, el hombre adelantó un paso y contestó que callaba porque aquel debate era superfluo. Antes de responder a la pregunta de a qué llamaban hombre, dijo, era necesario plantearse otras muchas cuestiones. Por ejemplo, ponerse de acuerdo en qué entendían por palabras como «ser», «existencia», «sentido», a qué llamaban «llamar», o si podían estar seguros de que el hombre era alguna cosa. Planteó, incluso, si alguien en la mesa, en aquel mosaico de culturas y de siglos, podía ofrecer alguna prueba de que aquella discusión estaba sucediendo realmente. De que no era producto de una ficción o de un sueño.

Durante días y días, el relativista habló. Cuentan que, cuando cesó su monólogo, la lluvia y las termitas habían deshecho por completo la gigantesca mesa, y que con los escasos restos útiles se construyó una flota de cuarenta galeras. En ese tiempo, el relativista hizo tambalear los cimientos de la fe de Aktasar en las cosas, en las preguntas, en su propia existencia. Mientras lo escuchaba, el pensamiento del monarca sufrió sucesivas transformaciones. Primero fue creyente, más tarde deísta, agnóstico; finalmente ateo. Fue alternativamente idealista y materialista; escéptico y dogmático; estructuralista y postestructuralista; partidario acérrimo de la esclavitud y abolicionista. Aprendió lo que significaba la palabra «revolución» y entendió que todo pueblo tenía hambre de ella. Creyó primero en la posibilidad de un mundo mejor, para desencantarse más tarde. Cuando el relativista terminó su discurso, Aktasar había creído y defendido todas las posturas, y solo era capaz de concebir una única certeza: que no existía una sola certeza. Supo también que sus dioses habían muerto ya; que acaso no habían existido nunca. Reunido su pueblo, les comunicó todos estos saberes, que en el fondo son uno solo. Los cairos perdieron así la fe en sus dioses y a resultas de ello sus dioses murieron.

Se cumplió así lo dispuesto, pues estaba escrito en la grupa de la yegua:

«Viajarán más allá de nuestra muerte; comprenderán la relatividad de todas las cosas, y menguada su fe en nuestra existencia, nos disiparemos con

ella en el viento».

5

Otra leyenda alternativa resume la transgresión de la ley divina en los siguientes términos:

Impulsado por la curiosidad, Aktasar en persona decide cabalgar con su yegua y viajar más atrás del año 1 antes de Itata. Allí encuentra un mundo desolado, despoblado de hombres y vacío de dioses. Clama a gritos los nombres de Itata y Axime, sin encontrar respuesta. De la soledad deduce que tampoco los dioses son eternos; que también ellos han tenido un nacimiento y un principio. Pues viven de la fe de los hombres y por tanto solo existirán mientras se mantenga intacta la credulidad de sus siervos.

A continuación, cabalga más tarde del año 6524 después de Itata. Aktasar encuentra un mundo artificial, hecho a imagen y semejanza del hombre; nada parece seguro en aquella tierra relativista e incierta, donde las cosas tienen la posibilidad de ser y no ser al mismo tiempo. Un lugar donde solo hay sitio para el hombre y los dioses murieron con su fe hace ya muchos años. De ello deduce que también los dioses son mortales: que surgieron cuando los hombres los soñaron por vez primera y que murieron al desvanecerse su necesidad y su fe.

El rey intenta regresar a su tiempo, pero es demasiado tarde. Emponzoñado por el ateísmo y por las ideas relativistas, ahora duda de todo cuanto antes creía firmemente. Duda de su corona y de su cetro. Duda de su fe en los dioses y de la posibilidad de viajar en el tiempo. Duda incluso de sí mismo y de sus carnes. Al instante la montura mágica se convierte en la yegua vieja y desdentada que siempre ha sido en realidad. Azuzada por las espuelas del monarca que ya no se sabe monarca, da hacia adelante unos vacilantes trotes. La yegua se tambalea a los pocos pasos y finalmente viene a tierra, reventada por el esfuerzo.

Cumple así lo dispuesto, pues estaba escrito:

«Viajarán más allá de nuestro nacimiento y nuestra muerte, después de lo cual su regreso será imposible».

Tal parece haber sido la suerte del rey Aktasar. Dice la leyenda que aún continúa en el año 2374, atrapado en una época que no es la suya, y pese a todo dudando todavía de estar atrapado en una época que no es la suya. Algo

más de tres siglos nos restan para desvanecer la posibilidad de esta bella teoría.

6

Una última variante de la leyenda.

Aktasar no queda atrapado más allá del umbral del relativismo. Lo que encuentra en el año 6524 después de Itata no es solo un mundo vacío de dioses, sino también de seres humanos. Ve una nación de hombres que no son hombres, pues están hechos de metal y tienen tenazas en lugar de manos y cajas en vez de cuerpos. Ve miles de máquinas esperando a los mismos dioses, siempre esperando; eternamente esperando con los focos oculares clavados en el cielo.

De un modo u otro consigue cabalgar hacia el pasado y participar a sus contemporáneos la revelación de la muerte del hombre y de sus dioses. Sus súbditos son persuadidos de la verdad con argumentos sacados de otro siglo. Su fe en los dioses se extingue entonces como la arena en el viento.

Se cumple así lo dispuesto, pues estaba escrito:

«Viajarán más allá de nuestro nacimiento y nuestra muerte. Traerán la noticia de nuestras exequias y con ello dejarán de soñarnos».

7

De un modo u otro —las tradiciones en este punto discrepan—, los cairos perdieron la fe en sus dioses.

Cuentan las voces dignas de fe que en ese momento Itata y Axime desmayaron en su esfuerzo por vez primera. El eterno pulso quedó por un instante interrumpido en tablas. Repentinamente comprendieron que se estaba tambaleando la fe de sus hijos predilectos, los cairos. Alarmados, volvieron la atención negada a su prole durante siglos y dispusieron distintas señales para recobrar su atención y su respeto. Hicieron arder los bosques sagrados como signo de cólera, pero los cairos culparon del fuego al calor y al sabotaje de los gépidos. Enviaron contra su pueblo escogido todo tipo de pestes y plagas, pero los cairos buscaron al castigo divino complicadas explicaciones médicas y bacteriológicas. Como último recurso iluminaron incluso a un profeta que

había de transmitir entre los cairos su credo. Todo fue en vano. Instruidos por las gentes conocidas más allá del año 6524 después de Itata, entendieron las visiones del profeta como síntomas inequívocos de un trastorno esquizofrénico delirante de la personalidad de tipo narcisista y le proporcionaron cientos de cuidados psiquiátricos inútiles.

Poco después, los dioses se rindieron a la evidencia de su extinción. Sus fuerzas se habían debilitado y, acurrucados en la galería más recóndita de su caverna, sintieron la sacudida de un terremoto que abrió grietas en el suelo y volvió la luz oscura como la sombra. Sobrecogidos por la sospecha de su mortalidad, pálidos de terror, los dioses balbucearon sus primeras palabras. Ellos, los dioses mudos, los dioses arrogantes, silenciosos, inmortales, tuvieron el tiempo justo para pronunciar un puñado de palabras, hermosas o cobardes, que nadie escuchó. Después se disiparon en el aire como humo o como sueño, como si nunca hubieran existido.

Era que el último de sus sacerdotes había descuidado la vigilancia del fuego sagrado del templo y la llama eterna se había apagado.

8

Si los dioses fueran mortales, ninguna criatura sobreviviría a su muerte.

Así rezaba un antiguo proverbio cairo.

9

Pasó un número indeterminado de meses y de años, pues los escépticos cairos no lograron ponerse de acuerdo ni siquiera en eso. Ninguna certeza había sobrevivido a su seísmo de valores y creencias, y resultaba casi imposible resolver por unanimidad incluso los problemas más sencillos. La mayoría de sus líderes pasaban el tiempo entregados a ocupaciones ridículas, pues no había nada que probase la conveniencia de que retomar los compromisos de gobierno era mejor que no hacerlo, y el propio Aktasar gastaba semanas enteras enfrascado en debates sobre cuestiones sin importancia alguna.

Cierto invierno supieron de los preparativos que un reino extranjero hacía para invadirlos y destruir su reino. Quizás se trataba de un pueblo turco-mongol como los hunos o los gépidos, o, más verosímilmente, de una

incursión de pillaje de los hérulos. Las discusiones sobre la conveniencia de organizar la defensa o dejar correr el asunto se prolongaron hasta el verano. Todo ello sin contar a cierta facción irreductible que se escindió de la asamblea, por considerar abierto el debate sobre si dicha asamblea tenía o no tenía autoridad para tomar decisión alguna. Cuando en otoño las hordas enemigas rodearon las murallas de la capital, ya era tarde para pensar en la guerra.

Amenazados por el peligro, la mayoría de los cairos se unieron por fin. Incluso el rey Aktasar transigió en desconvocar el último de sus debates y reasumió el mando de su pueblo. Fue él quien, en vísperas del ataque, propuso un ardid que a punto estuvo de burlar el saqueo de sus enemigos. Tal era el razonamiento del rey Aktasar: los dioses habían existido mientras creyeron en ellos, para extinguirse cuando dejaron de hacerlo. Por tanto, para resistir el ataque bárbaro bastaba con creer que no existía un ataque bárbaro. Los guerreros enemigos nada podrían con sus monturas de batalla y sus armas martilleadas en cien combates si no tenían a nadie que creyera en ellos. Como sus dioses, también ellos se disolverían en el viento. Los cairos no presentaron pues línea de batalla. Abandonaron a un lado sus armas y desde el más viejo hasta el más niño se limitaron a vendarse los ojos con jirones de tela, a la espera del ataque de los bárbaros.

La caballería cargó contra ellos profiriendo horribles gritos de guerra, pero ninguno de los cairos creía en la batalla y en consecuencia ni los tajos ni las flechas enemigas lograron alcanzarlos. El combate se prolongó inofensivamente durante algún tiempo, sin que los hérulos —o los hunos, o los gépidos— comprendieran la milagrosa razón de su resistencia. A punto estaban ellos mismos de disolverse en el aire cuando un niño, excitado por el clamor de las armas, logró soltarse de la mano de su madre y arrebatarse de un manotazo la venda de los ojos.

El niño vio al mismo tiempo la polvareda, el galope de los caballos, la sangre, la serradura de las cimitarras en los pechos, los miembros cercenados; los dardos silbando en el aire y el alfanje relampagueando a solo un centímetro de su garganta.

Un instante después todo había terminado.

10

La tradición recuerda una última —y más optimista— versión del fin de los cairos.

El ataque de los hérulos nunca tuvo lugar. Los cairos jamás recuperaron la fe en sus dioses. Ningún acontecimiento de importancia acaeció en los últimos años de reinado del rey Aktasar. Ninguno, si exceptuamos el naufragio de una galera romana en una de sus playas, en la costa del Mar Negro.

El suceso no tenía en principio nada de extraordinario. Anualmente las naves romanas sufrían catástrofes en distintos puntos de la geografía mediterránea. La galera que arribó a las costas de los cairos, sin embargo, estaba repleta de mercancías lujosas. Sus bodegas rebosaban ánforas de vino, aceite y *garum*, y en cada uno de sus compartimentos se hacinaban bagatelas de gusto romano: lamparitas de aceite o camafeos crisoelefantinos; bustos de mármol o artesanías de hierro y bronce. Los cairos, que vivían como huéspedes del Imperio Romano pero nada sabían de sus anfitriones, recogieron con curiosidad sus baratijas y convirtieron en moda vestir túnicas romanas en los encuentros públicos, o decorar con sus fruslerías las paredes de las casas. Durante muchos años no fue infrecuente encontrar en la provincia un mosaico de teselas diminutas en el umbral de una cabaña de paja, o una estatua de bronce presidiendo el acceso a una plazoleta de tierra.

Cuenta la leyenda que la moda se hizo tan popular que a los pocos años nadie recordaba las costumbres que estilaban sus antepasados, ni se conocía el modo correcto de sazonar un guisado cairo. Las propias palabras de su lengua, aquella jerga que nunca aprendieron a poner por escrito, se disiparon lentamente en el viento —como sus dioses; como sus glorias—, y su idioma mutilado se plagó de palabras latinas que arrastraban un fuerte acento dacio. Olvidado su dialecto, fue inevitable olvidar con él el recuerdo de que alguna vez habían cabalgado una yegua sagrada.

La leyenda llega aún más lejos. Dice que los cairos, permanentemente rodeados por un bosque de bustos y columnas de mármol, aprendieron a hablar un latín más perfecto que el hablado en Roma. Que marcaron tendencia en la moda —suya es la incorporación de fíbulas antropomorfas a la clásica túnica púrpura romana— y que, con el tiempo, olvidaron que alguna vez fueron cairos. También dice que ellos, y no otros, fueron los últimos romanos que cayeron defendiendo Roma en el asedio final del bárbaro Odoacro en 476.

CUADERNO DE BITÁCORA II

El triste, tristísimo, caso de la nao San Telmo, que fuera encontrada el verano de 1565 sin gobierno y dando vueltas en torno a la isla de Fuerteventura, repletas sus bodegas de ídolos de plata y de tesoros y de piedras preciosas, y aun de lingotes y pepitas de oro, pero con toda su tripulación desaparecida o muerta. Y cuyo trágico fin solo se esclareciera en las páginas del cuaderno de bitácora, un poco mordidas en sus bordes por obra de la desesperación humana. Pues en tal diario su capitán Juan de Toñanes escribiera, amén de otras fantasías y embustes, acerca del excesivo cargamento de oro en sus bodegas, y de la euforia en las primeras jornadas de travesía, y de los hombres repartiéndose las pedrerías y las gemas como si de guijarros se trataran. Y más tarde narró la sed y el hambre, y el oro que no podía beberse ni comerse sino tan solo admirarse, y los dientes aflojados por el escorbuto y por la fiebre, y las redes inútilmente tendidas en el océano, y el oficial miserable que se bebió de un solo trago el último odre de agua y los aceros desenvainados y las riñas y las muertes y, al fin, los cadáveres roídos por el hambre y las pepitas de oro mordidas y lamidas y masticadas y devoradas y, junto con ellas, las últimas páginas del cuaderno, nunca encontradas.

EL REGRESO

Todos los bosques son en todas partes el mismo bosque, dice la Diosa, y atravesar ese bosque significa recorrer el mundo entero. Nosotros caminamos bajo sus árboles con las teas encendidas, al paso de las vacas sagradas.

Hace mucho tiempo que nos dirigimos al alba. Tanto que ya nunca pienso en cómo era mi vida antes y, cuando lo hago, es como si mis recuerdos pertenecieran a otra persona. Solo sé que caminamos, que la marcha no se detiene nunca y que, en ocasiones, incluso eso parece también un sueño, y son los árboles y las colinas los que parecen venir a nosotros; los que caminan y dan vueltas sin descanso en torno a la Diosa.

Hay muchos detalles que ignoramos; preguntas para las que las voces de nuestros mayores no tienen respuesta. Nosotros caminamos sin intentar contestarlas. Nadie sabe por qué la Diosa, que Todo Lo Puede, necesita que una vez al año la llevemos de un lado a otro como una impedida. Tampoco por qué somos precisamente nosotros, los criminales y los deshonrados, los que tenemos el privilegio de lavar su efigie cada primavera. Todas estas son tradiciones muy antiguas, que se remontan a los tiempos en que la Diosa aún no estaba cubierta con un velo y podíamos conocer sus intenciones con solo mirarla a la cara. Nada sabemos, pero no hay que hacer preguntas. Solo limitarnos a acatar los preceptos antiguos, con la misma humildad con que los robles acogen la lluvia. Me basta recordar que soy casada y que cierta noche deshonré a mi esposo yaciendo en otros brazos. Es esa culpa la que debo purificar acompañando a la Diosa hasta su última morada, sin buscar respuestas. Por ello lavaré su imagen en el lago secreto y por ello recibiré muerte en las mismas aguas, y mi sacrificio sin duda será necesario. Ningún error puede haber en el mandato de aquellos que, al contrario de nosotros, sí conocieron el rostro y la voluntad de nuestra Diosa.

Cientos de fieles aguardan nuestro paso en cada claro del bosque, a la puerta de sus chozas de paja. Cuados, suevos, cimbrios, marcomanos: la procesión de la Diosa no olvida a ninguno de los pueblos del orbe. Nuestras mundanas rivalidades no son nada cuando es la mismísima Diosa la que se digna a visitarnos. Pernocta entre los jutos y se hospeda entre los marsios. Se deja adorar por igual por los rugios y por sus peores enemigos, los gépidos.

Tantos hombres semejantes a otros agolpándose en las cunetas, cantando las viejas canciones de los guerreros queruscos, revolcándose en el suelo para besar las rodaduras que el carro de la Diosa deja en el fango. Cada cierto tiempo el sacerdote hace detener las vacas y dirige algunas palabras a la muchedumbre —hay una sola Diosa, un solo bosque, un solo hombre; cada uno de nosotros es solo un instante en la vida de ese único hombre—. Nos señala y dice que hemos de morir precisamente por eso: para que el hombre que somos todos pueda lavar sus culpas en el lago secreto en que se purifica cada primavera. Hombres y mujeres, niños y ancianos asienten sin decir palabra. Por un instante nos examinan con una mirada que me parece llena de gratitud y de ternura. Después alguien descarga un varazo en el lomo de las vacas y la marcha se reanuda en silencio.

Desde nuestro cortejo hemos visto la vida sucederse, repetirse como se repiten las estaciones, el calor y el frío, vivir o estar muertos. La vida es un río que a veces se detiene y es como si, al caminar hacia el alba, nosotros pudiéramos remar a contracorriente de ese río; desandar los días vividos hasta arribar a esa época lejana en que todavía éramos inocentes y no habíamos traicionado los preceptos de la Diosa. Por un momento, pienso en esa niña pura que fui y en cómo una primavera, hace ya muchos años, esa misma niña se desprendió de la mano de su padre para socorrer a una de las adúlteras del cortejo, que había tropezado y caído al suelo. Nunca he podido olvidar el modo en que me miró al levantarse y la sonrisa que aún conservaba en el rostro cuando se internó en el bosque, camino de la laguna en que sería sacrificada. Nada ha cambiado desde entonces. Miro en derredor y me parece reconocer a los mismos criminales, las mismas pecadoras que año tras año he visto acompañar el carro de la Diosa. Todo permanecería igual si no fuera porque ahora yo estoy entre ellos y son mis manos atadas las que los asistentes señalan en silencio. Mi cabeza afeitada en la que está escrita mi culpa. Esta vez seré yo quien desaparezca en el bosque con una sonrisa, dispuesta a cerrar el círculo eterno que se abre cada primavera.

Pero no siempre acepté con la misma serenidad mi destino. Al principio, sentí miedo. Fui cobarde. Creí que la larga marcha era solo una parte más de mi castigo y, durante un tiempo, pensé en escapar a través del bosque o dar muerte al sacerdote con la espada de sus propios acólitos. El mismo instinto que lleva al jabalí herido a volverse contra sus cazadores me enloquecía. Incluso llegué a descreer de la Diosa, permanentemente muda bajo su vestidura sagrada. Pero, día tras día, algo parecido a la paz se ha ido apoderando de mí. He comprendido que el viaje, nuestro viaje, es una

segunda oportunidad que la Diosa nos envía para redimirnos. Una forma de lavar nuestras culpas a través de las penalidades y el sufrimiento, lo mismo que Ella se lava y se purifica cada año que pasa. Fue entonces cuando aprendí a amar todo cuanto aparecía a nuestro paso. Una fuente, los árboles, la cima de una montaña apenas cubierta por la nieve. La Diosa puede ser cualquier cosa: también nuestros verdugos, y por eso comencé a adorarlos también a ellos, y a los lobos que cada invierno devoran nuestros rebaños, y a nuestros rebaños, y a sus pastos. Todo cuanto ella tiene a bien enviarnos es bello y necesario, lo mismo el frío que el hambre o las fieras que acechan nuestro paso de madrugada. He necesitado ensangrentarme los pies en el bosque para comprender el inmenso privilegio que supone mirar a la Diosa a los ojos. No importa el precio de esa mirada. Sé que debo morir por ella y que esa muerte vale más que el resto de mis días.

Ahora que estoy preparada para recibir a la Diosa puede sobrevenir lo imposible; el milagro que únicamente la fe en la Muy Alta permite. En un pueblo de Germania que en nada se diferencia de los otros —pues todos los pueblos de Germania son el mismo pueblo—, entre la muchedumbre que sale a recibirnos, reconozco un rostro familiar. Es una muchacha hermosa, todavía no tocada por la desgracia. Tiene una larga melena rubia que le cae hasta los hombros y el cuerpo abrigado con cueros. Tardo mucho tiempo en comprender que aquella mujer soy yo misma. Soy yo o, al menos, la que yo era hace tan solo un año; antes de que me cortaran el cabello y me marcaran a fuego las mejillas. Tal vez por la profundidad de esos cambios la muchacha que yo fui no me reconoce: se limita a sonreír distraídamente en dirección al carro sagrado, tal y como yo recuerdo haber sonreído y contemplado a la Diosa durante la procesión de la primavera pasada. Sé que ahora se apartará el cabello de la frente y luego borrará su sonrisa; y más tarde volverá entre sus familiares, que son ese padre de cabellos blancos y ese hombre por cuya traición el próximo año honrará a la Diosa lo mismo que ahora yo la honro. Mirándola comprendo que ella es parte de mi purificación. El principio de mi regreso. Ahora sé que la procesión es siempre la misma y que su camino atraviesa todos los momentos de la vida de un hombre. La vida es un río que a veces se detiene y es como si nosotros pudiéramos remar a contracorriente de ese río; desandar los días vividos hasta arribar a esa época lejana en que todavía éramos inocentes y no habíamos traicionado los preceptos de la Diosa.

Aún quedan muchos pueblos antes de llegar a la laguna de la Diosa; tantos como primaveras vividas. No necesito recorrerlos para saber que en cada uno

de ellos me veré a mí misma una y otra vez, cada vez más joven, más pura. Más lejos de ese día en que traicioné la confianza de mi esposo y de mi pueblo. Y sé también que solo puedo seguir caminando, caminar siempre hasta esa aldea en que tropezaré con una piedra y caeré al suelo. Lo sé tan bien como sé quién será la niña que se desprenderá de la mano de su padre para socorrerme y me devolverá con su mirada toda la inocencia que perdí. Por eso le sonreiré con gratitud al levantarme y por eso seguiré sonriendo mucho tiempo después, cuando desaparezca en el bosque camino del lago sagrado.

Durante muchas noches he soñado con el lago de la Diosa. Me he imaginado sumergida en sus aguas grises, con una venda de piel de ciervo en los ojos y una imperturbable sonrisa dibujada en mi cara. Era un sueño tranquilo y que parecía eterno, pues en él veía mi cuerpo conservado en las aguas durante siglos, como un regalo que la Diosa enviara a las generaciones futuras. Por eso, cuando en un claro del bosque hemos visto aparecer una ciénaga pequeña y maloliente, no he necesitado escuchar las explicaciones del sacerdote para saber que se trata del lago de la Diosa. En mis sueños aparecía exactamente así, como un pantano de aguas oleosas y espesas, salpicado de islotes en los que crece el musgo. Puedo recordar incluso en cuál de sus orillas seré sacrificada; quién, entre los guerreros que nos acompañan, será el encargado de blandir la espada.

Nada en las últimas disposiciones del rito me sorprende. Lo he soñado tantas noches que es como si ya hubiera ocurrido. A una señal del sacerdote los hombres puros, aquellos que durante toda su vida han cumplido escrupulosamente los preceptos sagrados, se vuelven sumisamente de espaldas. Durante unos instantes se vendan los ojos los unos a los otros en silencio. Ellos, que tantas veces nos llamaron ciegos e insensibles a la belleza de la Diosa, deben ahora cubrirse el rostro con harapos o vendas. El mismo sacerdote se retira a un lado, con los ojos respetuosamente velados para que no le deslumbre la pureza del rostro de la Diosa. Con este gesto empieza el instante que desde hace tantas jornadas esperamos. Ese momento sagrado que solo pertenece a los que estamos a punto de reunirnos con la Muy Alta. Durante todo un año los impuros hemos sido ultrajados, escupidos, arrastrados por el fango, azotados y señalados por hierros candentes, maldecidos en todos los dialectos por las voces de sacerdotes y bardos. Pero todo eso ha quedado atrás. Nada importa ahora que la Diosa está entre nosotros y se digna a descubrirnos su rostro.

Lentamente, nos adentramos en el lago. Primero siento el frío de sus aguas muertas. El vaho pestilente que exuda el cieno. Luego lo olvido todo. Uno de nosotros lleva la imagen velada de la Diosa en alto, y nuestras miradas se concentran en esa vestidura sagrada que los mortales solo somos dignos de apartar una vez en la vida. Durante unos instantes, el hombre sostiene sobre nuestras cabezas la imagen, bañada por las últimas luces del ocaso. Después deja caer el velo al agua y es como si el tiempo se detuviera en ese gesto.

Todo lo hemos escuchado acerca del verdadero rostro de la Diosa. La Diosa es un hombre. La Diosa es una vaca de madera. La Diosa es un palo retorcido y seco que nada significa. La Diosa no existe. Hemos recorrido infinitos obstáculos para descubrir esa única verdad. Sin embargo, al caer el velo no reconocemos el rostro que nos ha estado esperando todo este tiempo. Al otro lado solo hay un diminuto espejo y en ese espejo estamos todos nosotros. En él caben los árboles, la luz del ocaso, las vacas que mugen y patalean en la orilla. También los hombres y mujeres que estamos a punto de morir en nombre de la Diosa, aunque ahora nosotros seamos la Diosa. Aunque quizás todo este tiempo hayamos sido la Diosa, sin saberlo.

El espejo es ofrecido de mano en mano y, al hacerlo, su rostro se va convirtiendo en el de todos y cada uno de nosotros. Por un momento es una más entre los deshonrados, los asesinos, los traidores, cobardes, malhechores. Es el hombre que forzó a una doncella y más tarde la madre que dejó morir de hambre a su único hijo. Todos los pecados se retratan uno a uno en su rostro, en una procesión silenciosa, y más tarde se disipan como si jamás hubieran existido. Cuando por fin llega a mis manos he tenido tiempo de comprenderlo todo. En Ella veo lo que hasta ahora mis ojos no habían podido ver. Veo mis rasgos afilados por las penalidades. Veo lo que el viaje, lo que la vida ha hecho con mi carne y con mi alma, y sonrío. Todos somos la Diosa, pero hace falta encallecerse los pies en los bosques de Marcomania; es necesario caminar hacia el alba y desandar jornada a jornada los días y las faltas vividas para comprenderlo. La Diosa también me mira. Me observa desde lo más profundo del espejo y luego llora de alegría. Juntas lloramos en silencio hasta que se nos acaban las lágrimas, como antes se me acabaron los recuerdos. Después la sumerjo en el agua y enjuago su rostro suave, amorosamente, antes de tenderlo al próximo.

Eso es todo. El viaje ha terminado y, sin embargo, siento como si solo ahora mi vida empezara. Durante algún tiempo, nadie dice nada. Es un tiempo que no sé medir, ni largo ni corto sino innecesario, tal y como es el tiempo de

los dioses. La corneta del sacerdote suena a nuestras espaldas. Manos vacilantes se apresuran a cubrir el espejo de la Diosa tras el velo sagrado. Lo hemos hecho cada primavera y volveremos a hacerlo hasta el fin de los tiempos, aunque no podamos recordarlo. Escucho gritos, voces, pasos. Los acólitos del sacerdote se han descubierto los ojos y vienen hacia nosotros con armas y cuerdas.

Uno de los guerreros me ordena arrodillarme en el agua y, al hacerlo, evita mirarme a los ojos. Yo le obedezco en silencio. Sonrío al ver cómo le tiembla la mano que blande la espada. La Diosa podría ser también él, pero no lo sabe; solo levanta una espada en el aire y piensa que está a punto de matar a una mujer distinta del resto de los hombres. Nosotros sabemos la verdad. Soy la víctima y soy el verdugo, soy la espada, soy todos los seres que viven sobre la faz de la tierra. Los que mueren conociendo el rostro de la Diosa y los que viven ignorándolo. Soy también el sacerdote, que me mira con tristeza, como tratando de desvelar el secreto que está a punto de tragarse el fango. En esa mirada quisiera poder decirle todo cuanto ignora. Hacerle comprender que la Diosa no es ningún secreto, que está en todas partes; envuelta en los harapos de cada mendigo, tras la armadura de cada uno de los legionarios que acuchillamos en Teutoburgo. Escrita también en su rostro, si alguna vez se detuviera a mirarse a los ojos. Pero no comprende: nadie puede comprender si no es atravesando el bosque a nuestro lado.

Ha llegado el momento. Unas manos desconocidas me vendan los ojos con la tira de piel de ciervo con que soñé anoche. No tengo miedo. Solo algo así como curiosidad por el instante exacto en que la espada caerá sobre mi carne. La muerte de una criatura es apenas un rasguño en la piel de ese hombre que somos todos y nada importa que yo sea esa criatura. En estas aguas, caminaré hacia el futuro, como antes caminaba hacia el alba. Por eso mi cuerpo no tiembla. Por eso sonrío en el último momento aunque, en alguna parte, voces que no reconozco sollocen.

EL MERCADER DE BETUNES

La víspera de su duelo con Héctor, Aquiles vuelve a tener el mismo sueño. Es de nuevo aquella obsesión de infancia, soñada tantas veces, en que se veía combatiendo al pie de una ciudad sin nombre. En ese sueño empuñaba una lanza y con ella atravesaba a un guerrero enemigo de parte a parte —hoy sabe que esa ciudad es Troya, que el guerrero se llama Héctor; que con su lanza está vengando la muerte de Patroclo—. Pero esta noche hay algo amargo en su victoria. Algo en el último destello del sueño que le impide disfrutar del pecho herido y de la sangre empapando la abominada muralla. De pronto, el sueño se torna pesadilla y la pesadilla se hace hierro. Y ese hierro tiene la forma de una saeta, venida de quién sabe dónde, que le hiende el talón con un golpe seco. En ese instante, Aquiles comprende horrorizado que se trata de aquella flecha mortal que, tal y como habían advertido todos los oráculos, algún día habría de darle muerte.

Aquiles despierta bañado en el sudor de los que por fin conocen la fecha precisa de su muerte. Aún está oscuro y, tras la lona de la tienda, las tropas apuran sus últimas horas de sueño. Enfebrecido aplica la llama a la lámpara de aceite y se descubre el talón en el que aún siente el dolor de la flecha. Nada. Y sin embargo sabe que la caligrafía de los dioses escribe firme y claro en nuestros sueños, y que la flecha soñada existe en algún lugar y lo está esperando. Tal vez alguien la está forjando en este mismo instante. Tal vez descansa ya en un carcaj, en cualquier aljaba troyana. Quizás está en manos del rey Memnón o de Eneas. Tan solo espera que no esté en el arco del afeminado Paris, vergüenza de cuantos empuñan escudo y bronce.

Aquiles camina de un lado a otro de su tienda. Revisa las armas con las que, lo sabe, mañana matará a Héctor —pero alguien, pronto, en otro momento y en otro lugar, acabará con su vida—. Repasa la punta de la lanza con el dedo y sopesa ciertos apliques de bronce con que desde niño se protege los talones —y de qué servirán mañana, si ha visto ya la mueca de la muerte —. Ensaya algunos movimientos de lucha. Su lanza es poderosa y precisa. En unas horas será vencedor de lo que significará el principio de su fin. Morir es fácil, es natural, deseable, necesario, claman los dioses; pero los dioses son inmortales y la muerte es precisamente lo único que desconocen. Morir

defendiendo el deber es bello, pero Aquiles ha empuñado las armas demasiadas veces y acabado con las vidas de hombres que merecían unos años más sobre la tierra. Él nunca construyó nada: se le adiestró para destruir en un instante lo que los demás construían con sus manos, en un esfuerzo que duraba la vida entera. La muerte es hermosa, se repite, pero sabe que en la mirada de sus enemigos nunca hay paz cuando mueren defendiendo lo que amaban. Y, sin embargo, tal vez su sacrificio sea necesario para que algún día un rapsoda cante verdades a las generaciones venideras; y, sin embargo, sacrificarse es absurdo, y para los corderos que se degüellan en los altares de guerra no es ningún consuelo hacer sonreír a Ares.

Es imposible burlar el Destino que los dioses escriben en nuestros sueños —lo sabe; los rapsodas están afónicos de cantarlo—. No hay forma de evitar esa flecha que es como si ya hubiera partido, pero de todas formas se calza el bronce. Sabe que no podrá abandonar su tienda sin ser visto y, aun así, toma aire y sale a la oscuridad de la noche. Sabe que no podrá cruzar el campamento aqueo sin hacer ladrar a los perros o despertar a los guardias —es imposible, pues entonces nunca mataría a Héctor y el sueño se volvería humo—. Pero los perros duermen, los guardias se juegan un casco enemigo a los dados y logra salvar de un solo salto la empalizada. Corre haciendo tintinear los bronces de la armadura —alguien le dará el alto, le pedirá explicaciones; le dirá acaso olvidaste tu duelo con Héctor, cobarde—. Pero en todo el camino no encuentra a nadie que le dé el alto, que le pida explicaciones; que le diga acaso olvidaste tu duelo con Héctor, cobarde.

Cuando clarea, está ya lejos del campamento. Demasiado lejos incluso para oír el clamor de las cornetas aprestando a los aqueos para la batalla. En su camino encuentra un abrigo de roca en que esconder las armas, el peto, el casco. Echa un último vistazo al bronce abandonado —el sol relampaguea en la lanza que jamás atravesará el pecho de Héctor—. Luego vuelve la espalda a aliados y enemigos, y sale al camino a buscar la vida que los dioses no quieren dejarle vivir.

Pasan los días y Aquiles prosigue su marcha hacia el sol naciente. En su camino cruza desiertos en los que conoce la soledad y aldeas miserables en cuyas chozas arruinadas comprende la pobreza. Por todas partes encuentra ruinas y hombres que arañan los frutos de la tierra con esfuerzo. Conoce también el hambre, y se ve obligado a mendigar raciones de pan y agua —ninguno es ya su poder, enterrado su escudo y su lanza—. Unos hombres condescienden a sus súplicas; otros le señalan el duro, caldeado horizonte que persigue. Aquiles no sabría decir si atraviesa reinos o imperios, o si ya ha

llegado a ese punto de la tierra donde ningún gobierno es posible y los hombres son libres como las aves del cielo. Pero cierto día llega a una aldea donde nadie ha oído hablar de aqueos ni de troyanos, y Aquiles comprende que ha encontrado el lugar que buscaba.

En la aldea hay un río, junto al río un camino y, en el camino, una choza abandonada que atrae a Aquiles instintivamente. Perteneció a un joven mercader de betunes, dicen los lugareños, que desapareció sin dejar rastro hace ya algún tiempo. Aquiles derriba la puerta y encuentra que dentro todo parece en suspenso —el sayo del mercader colgado de un clavo, los últimos pedidos de betunes empaquetados junto a la puerta—. Solo el mal olor indica que la casa no está habitada. Junto al hogar hay un cuenco con leche que huele a agrio y en el instrumental para destilar betunes aún quedan restos de nafta. En un rincón está el bacín donde el mercader de betunes orinó por última vez, merodeado de moscas.

Aquiles limpia el hogar con agua y cal, acondiciona el laboratorio y desempolva los vidrios acumulados en los estantes. En un primer momento su labor le resulta vergonzosa para un guerrero; luego piensa en Hércules limpiando los establos de Augías y se siente un poco más digno. Aquella será su casa, su coartada de hombre corriente, se dice, y desinfecta el cuenco en el que beberá leche y el bacín en que vaciará todos los orines de su vida. Repone el heno del jergón y en él encuentra el reposo que le negó toda una vida de sangre y guerra. En la choza del mercader no vuelve a soñar ni con Héctor ni con la flecha mortal, pero aun así no se descubre el talón ni se arranca los apliques de bronce ni siquiera cuando está desnudo. Muchas veces se repite que los dioses escriben nuestro Destino silenciosamente en los sueños, y que a ningún mortal le está dado desviar la trayectoria de la flecha que le está destinada. Pero lo hace mientras se viste las ropas del mercader y trata de convencerse de que nunca fue Aquiles.

Para ganarse el pan busca el medio de sacar provecho al instrumental abandonado. Ensaya el uso de los alambiques y los destiladores, pero sus recias manos están hechas para el martilleo de la guerra y no para el contacto afeminado de las cerámicas. Con el tiempo, aprende a destilar un betún denso que no impermeabiliza bien los cascos y un aceite que arde con dificultad y que vende a los caravaneros por precios irrisorios. A menudo, los comerciantes claman al cielo juramentos contra los falsos fabricantes de betunes que infestan Armenia y preguntan a Aquiles por el paradero del antiguo mercader. Aquiles, que viste sus ropas y se acuesta en su jergón, señala imprecisamente el horizonte del que proviene, en silencio.

Pasa el tiempo, pero nunca aprende a mejorar la calidad de sus betunes y sus aceites. Los caravaneros le gritan que es el más mediocre de todos los mercaderes de betunes y Aquiles escucha sus imprecaciones con vergüenza. A menudo se le pasa por la cabeza la idea de regresar al campo de los aqueos para dar muerte a Héctor y sus huestes, pero el recuerdo de la flecha soñada lo contiene. Además, no es necesario hacer ningún movimiento: los dioses acabarán encontrándolo y lo obligarán a beber del cáliz de ese Destino cuyas últimas heces no ha querido apurar. Sabe que no podrá escapar de la muerte que le está deparada al pie de Troya —el oráculo la predijo y sus vaticinios nunca yerran—, pero los días van agotándose inofensivamente, sin que nada ocurra, y todos y cada uno de ellos son un regalo que Aquiles saborea.

Al otro lado de las alquitaras, deja pasar la vida entera. Sabe que los dioses conocen infinidad de artimañas para precipitarnos precisamente a la muerte de la cual huimos, pero ninguna de sus estratagemas es empleada. Aquiles trata de olvidar que alguna vez tuvo una lanza y un escudo y se refiere a sí mismo como el mercader de betunes. Desposa a una aldeana y tiene con ella cuatro hijos que según las profecías jamás debieron haber nacido —Aquiles supo que el primer niño moriría en el parto; que los dioses evitarían así la traición a su Destino, pero nuevamente no se pronunciaron—. Da a cada uno de sus hijos el nombre de las ciudades empeñadas en guerra contra Troya, por conjurar la nostalgia del asedio cuyo final jamás verá. Una noche, al bañarse, olvida ceñirse los apliques de bronce en el tobillo, y desde entonces los desecha para siempre. Es como si ya no creyera en la flecha que le está reservada. Como si, por primera vez, los dioses hubieran equivocado su rumbo. Por curiosidad interroga a los caravaneros por el destino de sus compañeros de armas; pero de Troya llegan noticias confusas, que cantan contradictoriamente la victoria de unos y de otros.

Aquiles se hace viejo esperando una desgracia que nunca llega. Su rostro se llena de arrugas y las manos le tiemblan tanto que ya nunca podrá traspasar a Héctor con su lanza —además, perdió su lanza; además, Héctor ha de ser ya también un hombre muy viejo—. Una mañana en que prepara un betún mediocre más, su mano derriba uno de los destiladores y lo hace añicos contra el suelo. Su hijo Pilos le grita igual que hace veinte años Aquiles le gritaba te dije que no jugaras en el laboratorio. Esparta y Atenas lo sustituyen en el preparado de los aceites y los caravaneros encuentran que han mejorado su calidad. Aquiles escucha las felicitaciones de los mercaderes en silencio.

El fin se acerca. Le llega ese punto de la vida en que ya todo está hecho —la mujer, estéril; los hijos, crecidos y fuertes, arando la tierra o preparando

betunes para mujeres que algún día serán estériles e hijos que ararán la tierra —. La casa se vuelve fría incluso en verano y solo le queda sentarse en el patio de arena —su esposa hila junto al hogar— y tomar ese sol mustio que ya no calienta. La muerte le llegará pronto y, por primera vez, sabe que esa muerte no estará hecha de hierro; y, también por vez primera, lamenta haber cambiado su muerte de bronce y gloria por esta otra muerte anónima, que jamás cantará un aedo ni hará vibrar de emoción a un guerrero. Clama al cielo, a los dioses, pero los dioses han decidido no castigarlo con aquel sueño que era su secreta recompensa. Se obstina en comprar a un mercader una lanza vieja que maneja con dificultad y cuyo peso lo vence y le hace caer de espaldas. Pilos corre a socorrerlo alarmado por el ruido, y le grita padre, es que se creyó usted un guerrero aqueo. Y Aquiles guarda silencio; ese silencio con que callan los dioses cuando nos envían sueños que nunca han de cumplirse.

Una noche, Aquiles despierta cuando todos aún duermen. Recoge las ganancias que ha atesorado a lo largo de toda su vida —un puñado de cuentas de plata, limaduras de oro y piedras raras que pueden trocarse por pieles o marfiles—. Se echa al hombro también su lanza y su aljaba de betunes mediocres. En los establos de la casa lo espera la mula vieja que compró la tarde anterior a un caravanero ciego. Con un esfuerzo sobrehumano que le resiente las caderas y casi le descoyunta los brazos, consigue montar la cabalgadura y buscar el camino de regreso a Troya. Ya no quiere el jergón de paja ni la muerte lenta de los que no empuñan el bronce. Prefiere el túmulo de la gloria a una sepultura sin nombre en un patio de arena —como su mujer, muerta hace solo unas semanas; como algún día enterrarán a sus hijos y a los hijos de sus hijos—. Tal vez Troya cayó o tal vez los aqueos se estrellaron con sus muros. Quizás Héctor ya murió y ningún poder tiene ya su lanza. Pero algo le dice que se equivocaba aquella noche que abandonó el campamento aqueo —porque no había paz en los ojos de sus enemigos muertos, pero habría paz en los suyos; porque los corderos no gustan de ser degollados en las aras sagradas, pero está en la naturaleza de los corderos derramar su sangre ante Ares—. Caminó en la dirección equivocada, se dice, y cuarenta años más tarde cabalga hacia el Destino al que nunca debió volver la espalda.

Pasan los días y Aquiles prosigue su marcha hacia el sol poniente. En su camino cruza desiertos en los que recuerda la soledad y aldeas miserables en cuyas chozas arruinadas reconoce la pobreza. Por todas partes encuentra ruinas y hombres que arañan los frutos de la tierra con esfuerzo. Recuerda también el hambre y se ve obligado a intercambiar betunes y aceites a cambio

de raciones de pan y agua. No sabría decir si atraviesa reinos o imperios, o si ya ha llegado a ese punto de la tierra donde las ciudades son sólidas como peñascos y tardan al menos diez años en ser ocupadas. Pero cierto día llega a una aldea donde le indican que Troya está a solo una jornada de camino y comprende que ha llegado el momento que esperaba.

Todo está perdido. La ciudad está vieja y derruida, herida de muerte como él. Del lugar donde antaño se alzaran los almenares y atalayas de Troya, no queda más que escombro y ruina. La puerta que Héctor defendió en tantos combates ha desaparecido —a veinte pasos encuentra una de sus jambas rota, cegada por la hiedra— y el suntuoso palacio de Príamo se vino abajo hace ya mucho tiempo. Aquea fue la victoria, comprende, aunque faltaran su brazo y su lanza contra Héctor.

Recorre las calles arruinadas donde cientos de hombres malviven de los obsequios de la tierra y los árboles. Por casualidad dobla una esquina y en esa esquina encuentra a un rapsoda viejo, que mendiga a cambio de leyendas pretéritas. Descabalga con esfuerzo, se arrodilla a su lado y le ruega noticias sobre el paradero de Héctor, o sobre el traidor Aquiles, que abandonó a su suerte al ejército aqueo. El rapsoda se resiste a hablar, pero acuerdan que le premiará con una cuenta de plata —o una limadura de hierro, o una piedra rara que intercambiar por pieles o marfiles— por cada canto que narre la suerte que corrió la infortunada Troya. El anciano Aquiles, disfrazado de mercader de betunes, deja caer la primera de las cuentas de plata y el aedo comienza a cantar.

Pronto comprende que el rapsoda nunca conoció la guerra de Troya o bien que los años transcurridos le hacen exagerar los detalles. En su canto Aquiles es dos palmos más alto; su número de combates vencidos, cinco o seis veces mayor; los bronces refulgen como el oro y en los escudos bruñidos resplandecen las odiadas murallas —y eso que en realidad las armas estaban herrumbrosas y hedían a fango y sangre, a pesar de las órdenes de los capitanes de lavarlas al finalizar los combates—. Aquiles escucha en silencio tales invenciones y en su memoria vuelve a tejerse lentamente la historia de la guerra de Troya; el rapto de la orgullosa Helena, la fanfarronería de Agamenón pilotando las cóncavas naves, los combates singulares al pie de las murallas y la muerte de su amado Patroclo. Llega finalmente el canto a la noche fatal en que soñó su muerte y Aquiles espera oír cantar su propia traición, su marcha, el regocijo de Héctor y sus troyanos. Pero en su lugar escucha incrédulo una historia imposible. El rapsoda se aclara la garganta y canta lo nunca sucedido más que en sus sueños. Canta que Aquiles salió al

campo de batalla firme y seguro la mañana siguiente, que se enfrentó a Héctor, que lo traspasó de parte a parte con su lanza y empapó de sangre la abominada muralla —y la ciudad era Troya, y el guerrero era Héctor; y con su lanza estaba vengando la muerte de Patroclo—. Y canta también que en mitad de los festejos de su victoria una flecha enemiga le alcanzó el talón y que el hierro acabó con su vida; y que nada extraño había en ello, pues todos los oráculos le habían advertido que aquella flecha mortal algún día habría de darle muerte.

El anciano mercader de betunes que ya no se siente tan seguro de ser Aquiles detiene al rapsoda. Lo llama mentiroso y lo increpa para que cuente la historia verdadera —pues él es Aquiles y huyó y fue padre de una prole que nunca debió haber nacido—. Pero el rapsoda toma una cuenta de plata más y continúa su canto. Sus versos narran los últimos momentos de la vida de Aquiles. Canta que tardó tres días en morir y que en sus últimos delirios murmuraba invenciones extrañas. Hablaba de un cañaveral con unas armas abandonadas y de un camino por el que había visto escapar al verdadero Aquiles. Repetía una y otra vez que solo era un impostor, un hombre corriente; un miserable mercader de betunes que tratando de burlar una maldición inscrita en sus sueños se había disfrazado del divino Aquiles. Pues muchas noches seguidas los dioses le habían enviado un sueño en que se veía a sí mismo ya muy anciano y a punto de poner fin a sus días, peregrinando a las ruinas de Troya. Y en ese mismo sueño se veía doblando una esquina y en esa esquina veía a un rapsoda no distinto de aquel rapsoda y, escuchando las heroicidades pretéritas, comprendía haber malgastado su vida entre betunes y naftas, sobreviviendo al margen de la Historia —pues prefería el túmulo de la gloria al patio de arena en que algún día lo enterrarían y, tras él, a sus hijos y a los hijos de sus hijos—. Tales alucinaciones inventaba el bizarro Aquiles en el último instante de su muerte.

Acabado su canto, el rapsoda guarda silencio. Y cuando el mercader de betunes examina su saco para pagarle —pues le consta que en el fondo ha cantado la historia verdadera—, da en comprobar que, una a una, ha agotado todas las cuentas de plata. Escuchar aquellos hechos heroicos en los que debía haber participado le ha costado las ganancias de toda una vida. Arruinado y sin nada que llevar a la boca, ruega al aedo una parte de su pan y de su agua, y su súplica es atendida. Luego busca el camino de regreso a casa —al laboratorio de betunes, a la tumba de la mujer muerta y a su patio de arena—.

Un hombre a caballo lo detiene cuando apenas ha recorrido una legua. Ha reparado en su aljaba de betunes y busca nafta con que reponer los depósitos

de sus lámparas. Se apea del caballo y pide permiso para probar las muestras de aceite. El viejo mercader se lo concede con un simple movimiento de cabeza. Mira fijamente al horizonte que ya recorrió una vez, como si el comercio o la venta no fueran su trabajo.

El comprador prende la yesca que lleva en sus alforjas y al aplicar la llama al aceite encuentra que arde mal. Prueba una segunda y tercera vez, y la nafta no da más que humo y una maloliente combustión negra. Entonces se pone en pie, arroja las muestras de aceite y clama horribles juramentos contra el mercader, contra los dioses y contra los falsificadores de betunes que día a día infestan el Helesponto con sus inmundicias.

El mercader lo escucha en silencio, sin apartar la vista de las ruinas de aquella ciudad junto a la cual él también debía haber muerto. Se sabe un pésimo mercader de betunes; se sabe incluso el más mediocre de todos los hombres. Pero, al fin y al cabo, acaba de cumplir setenta y dos años y, agradecido a los dioses, alza la vista al cielo y sonríe.

LA VIRGEN DE LOS CABELLOS CORTADOS

Anales de Sylt-Host (siglo XII)

[…] Lo cual sucedió cuando frisaba el año del Señor de 943. Gobernaba por aquel entonces la región el duque Bodislao de Pomerania, bárbaro que en solo cuatro años de cruel régimen diera más razones para el regicidio que en el pasado todos los tiranos de Roma juntos. Pues tantos sacrilegios y atropellos contra la decencia cristiana cometió; hasta tal punto depravó al género humano con sus muchos caprichos y maldades, que idéntico temor despertaba dentro y fuera de su ducado, y sus propios súbditos huían de su protección aterrorizados, diciendo: «He aquí el Anticristo reencarnado». Y era incontable el número de hombres que interponían plegarias ante Dios, rogando que los librara de tamañas atrocidades como se perpetraban contra ellos.

Acaeció entonces que Dios, en su infinita misericordia, atendió sus súplicas y les dio respuesta con milagrosos acontecimientos. Pues, primeramente, una noche que por lo demás nada tenía de extraordinario empezó a brillar con gran intensidad una porción oscura del cielo y surgió en el firmamento una estrella nueva, que algunos tuvieron por la luminaria que guio a los Magos hasta Cristo, pero que al cabo de la noche se volvió a modo de augurio roja como la sangre derramada. Y ocurrió pocos meses después un hecho más asombroso si cabe, pues Pomerania entera fue golpeada por una sequía que desecó el pantano de turba de Sylt-Host; y, atrapados en el limo del fondo, se descubrieron cientos de cadáveres de hombres degollados y atravesados y desangrados y vejados por mutilaciones inconfesables, y tantos hombres decapitados que el cementerio no daba abasto para ofrecer a todos sepultura. Solo entonces se tuvieron por ciertas las leyendas que aseguraban que el duque gustaba de asesinar en las mazmorras de su castillo a cientos de inocentes, en número increíble. Comprendiendo sabiamente que aquel portento era el modo que tenía el Dios cristiano de denunciar sus múltiples fechorías, los campesinos se alzaron en armas contra el duque y le dieron vergonzosa muerte en sus propios aposentos, cuando apenas se había cumplido el cuarto año de su mandato.

Entre la abundante cosecha de muertos a los que fue menester buscar sepultura en aquellos prodigiosos días, la parroquia de Sylt-Host recuerda con devoción el cuerpo de su hoy santa patrona. Pues fue encontrado el cadáver de una muchacha hermosísima, con el cabello afeitado y los ojos cubiertos por una venda de piel. Y, tan serenamente parecía haberse enfrentado a la muerte, con tal santidad sonreía la boca de aquella inocente, que se tuvo por divina su naturaleza, y aun por milagrosa encarnación de la Virgen María que alumbró sin mancha al Cristo, si así lo quisiereis creer. De tal manera pasaron desde entonces a ofrecerle culto en la parroquia que un día estuvo bendecida a san Pedro y que ahora tiene el nombre de Virgen de los Cabellos Cortados.

En cuanto a la venda que le cubría los ojos, fue depositada como reliquia en el altar de la parroquia de Sylt-Host, donde hasta el día de hoy sigue recibiendo visitas de peregrinos que vienen desde muy lejos para besarla con gran reverencia.

ZIGURAT

La inscripción tiene más de cuatro mil años de antigüedad y fue hallada por las tropas estadounidenses en pleno desierto iraquí, en las proximidades de lo que en tiempos debió de ser la floreciente capital de Acad. Antes de continuar su marcha hacia Bagdad, los soldados inspeccionaron con extrañeza aquel monolito de arenisca sobada por los siglos. Los signos abstrusos que los invasores no supieron leer decían: «Amada diosa Ishtar / si nosotros los acadios hemos de morir y desaparecer / bajo la arena / haz que los salvajes guti y su caudillo Urkadunna / mueran y desaparezcan también / con nosotros». En su parte posterior, había diez pequeñas melladuras en las que cabían los dedos de un hombre, como si alguien en tiempos remotos hubiera tratado de empujar la lápida con todas sus fuerzas y se hubiera astillado las uñas al intentarlo. Junto a ellas, el escriba había grabado la silueta del desaparecido Zigurat de Ishtar, cuyos mosaicos recogían según la leyenda la luz del ayer, del hoy y del mañana.

Cuentan las crónicas que los guti descendieron de los montes Zagros con sus caballerías, sus carros de guerra y sus rostros pintados para la batalla, y que necesitaron un solo día —una mañana del 2193 a. C.— para devastar el imperio que los acadios habían amasado durante siglos. Por aquella época los guerreros semitas creían que los sacerdotes de Ishtar eran capaces de adivinar el futuro observando las entrañas de sus bueyes sacrificados. Por eso, cuando la ciudad de Acad fue dada al fuego y sus magos recibieron tormento en las escaleras de su propio templo, la tradición dice que el caudillo guti Urkadunna iba murmurándoles al oído: «Vosotros que interrogáis los crepúsculos futuros y las albas del porvenir, oh grandes magos, decidme cómo olvidasteis soñar anoche esta muerte vuestra». Uno de los sacerdotes se volvió: «Mis ojos estaban demasiado cegados con la luz de vuestra absurda muerte, oh rey de los guti». Urkadunna no era supersticioso y sonrió sin arredrarse. «Esa luz que refieres es aún muy lejana», respondió, con el bronce centelleando sobre su cabeza.

La leyenda cuenta también que, acabada su labor, el rey Urkadunna fue a lavarse las manos de sangre en las aguas del canal sagrado. A su alrededor vio

casas ardiendo como teas, guerreros sucios violando a mujeres con olor a perfume y cientos de fosas cegadas por los muertos. Se preguntó si alguno de aquellos hombres se habría acostado la víspera entreviendo las circunstancias de su muerte; si los prisioneros hoy decapitados habrían echado a faltar ya ayer su cabeza, o si cada brazo amputado habría sido despedido con una mirada nostálgica o una palabra cariñosa de sus dueños. Luego se secó las manos y regresó al zigurat.

Los peldaños del templo estaban empapados de sangre y durante el ascenso el rey Urkadunna estuvo a punto de resbalar y caer. Uno de sus hombres corrió a socorrerlo, evitando las charcas de sangre. Urkadunna miró alternativamente el rostro del guerrero y los hombres que se agitaban al pie del zigurat. Dice la leyenda que, por un momento, se preguntó si acababa de burlar la muerte absurda que el sacerdote acadio decía haber visto en sus sueños.

La ciudad ardía por los cuatro costados y todas sus casas habían sido saqueadas. Nadie osaba sin embargo traspasar el umbral del templo. Una imagen de la diosa Ishtar observaba fijamente a cada uno de los asaltantes y los retenía en el último tramo de la escalinata, con las armas desenfundadas. El rey Urkadunna se limpió las sandalias resbaladizas por la sangre y se abrió paso entre sus hombres. Con la lanza blandida les recriminó su cobardía: «Con esta arma acabé con toda su prole de carne y hueso; nada habré de temer de una sola imagen hecha de piedra». Luego pidió una antorcha y penetró en la oscuridad a través del corredor de las ofrendas.

Por mucho tiempo vagó por galerías y pasadizos que parecían no tener fin. Poco a poco dejó de escuchar los lamentos y el sordo estrépito de las chozas al derrumbarse, tragadas por el fuego. Al final llegó ante una gran puerta de piedra, decorada con una argolla de bronce. Reparó en un puñado de incomprensibles signos acadios que estaban inscritos en el dintel. Urkadunna escupió en el vano, empujó la puerta y entró.

Al otro lado de la puerta contempló los mosaicos de los que hablaba la leyenda. Eran cientos de imágenes cotidianas que nada tenían de fabuloso; días de ayer laboriosamente tatuados en la piedra en colores espléndidos que alcanzaban hasta donde abarcaba la vista. Urkadunna, que como buen guerrero guti desconocía el ejercicio de la albañilería y el arte, fue acariciando una a una las teselas de azabache, de obsidiana, de esmeralda. Retratados en los mosaicos vio primero el desierto y, más tarde, la construcción atareada del zigurat, la lenta erección de las murallas y de los templos. Vio ejércitos de acadios destruyendo los campamentos de sus antepasados guti —de la derrota

hacía más de un siglo— y al rey Naram Sir blandiendo un cetro de oro. Vio una docena de magos acadios extirpando el hígado de un asno y contemplando en la textura de la víscera el porvenir y el destino de los pueblos.

Y entonces, inexplicablemente, se vio a sí mismo guiando a sus hombres al combate. Vio a miles de guerreros guti descendiendo los montes Zagros con sus caballerías, sus carros de guerra y sus rostros pintados para la batalla.

Vio en un mosaico inmenso la batalla que acababan de vencer y su propia espada cercenando los cuerpos enemigos. Vio la larga fila de los sacerdotes acadios decapitados al pie de sus propios templos. Vio las casas ardiendo como teas, los guerreros sucios violando mujeres con olor a perfume y cientos de fosas cegadas por los cadáveres. Vio a un hombre atrapado en una cámara sellada, sacudido por los últimos estertores de la sed o el hambre, y no pudo asociar la escena a ningún recuerdo.

Y más tarde vio miles de cadáveres acadios devorados por los buitres y cientos de guerreros guti vistiendo túnicas perfumadas y apliques de oro.

La ciudad completamente arrasada, el zigurat saqueado y a los hijos de sus guerreros despojados de sus túnicas y sus riquezas, malviviendo entre los escombros de la antaño poderosa Acad.

Los hijos de sus hijos tan empobrecidos que apenas eran capaces de reparar sus cabañas, que además eran de barro y no de piedra.

Los hijos de los hijos de sus hijos, muertos.

Vio la ciudad habitada por otros pueblos y deidades desconocidas erigirse sobre las aras sagradas. Vio la erosión de los años desgastando los ladrillos del zigurat, la cúspide derrumbada y sus dioses de piedra abandonados a la soledad del desierto.

Vio el desierto.

Invasores de otro tiempo rescatando de la arena un monolito de arenisca y en él los mismos signos que había visto inscritos sobre el dintel de la puerta. Aquellos rasguños que Urkadunna nunca aprendería a leer y que decían: «Amada diosa Ishtar / si nosotros los acadios hemos de morir y desaparecer / bajo la arena / haz que los salvajes guti y su caudillo Urkadunna / mueran y desaparezcan también / con nosotros».

Las dunas recorridas por hombres que cabalgaban extraños camellos con ruedas, y el cielo surcado por inmensos insectos metálicos.

Vio a un rey recorriendo a lomos de una yegua vieja y desdentada las fronteras de su reino, que abarcaba el orbe entero.

El desierto vacío; el horizonte inundado por el fuego.

Y más tarde una nación de hombres que no eran hombres, pues estaban hechos de metal y tenían tenazas en lugar de manos y cajas en vez de cuerpos. Vio miles de máquinas esperando, siempre esperando; eternamente esperando con los focos oculares clavados en el cielo.

Vio la noche.

Vio decenas de mosaicos negros. Vio millares de teselas de diorita y de basalto y de azabache, representando la misma noche negra y eterna; el fin oscuro de los tiempos que era, o había sido, o sería también el principio de todo.

Vio el último mosaico y más allá, un inmenso bloque de piedra.

Urkadunna comprendió de pronto y gritó una maldición guti que ningún mortal oiría jamás. Luego volvió sobre sus pasos y comenzó a correr. Corrió hacia el ayer imposible, hacia el pasado que ya no arroja sombra; corrió con los ojos cerrados a través de la procesión infinita de los mosaicos, las imágenes, los siglos.

Pero la puerta había sido cerrada desde fuera y, por más que la empujó con todas sus fuerzas, no pudo moverla un solo palmo.

EL PADRE FUNDADOR DE ALEMANIA

Dos excursionistas lo encuentran en una laguna de Alemania en 1937, muy cerca de la orilla donde fuera sacrificado dos mil años atrás. A pesar del tiempo transcurrido, el agua rica en carbón y ácido tánico de la turbera ha momificado los restos, por lo que la ropa e incluso la larga cabellera rubia del muerto aún permanecen intactas. La conservación del cuerpo es tan extraordinaria que en un primer momento sus descubridores lo toman por un estudiante desaparecido semanas atrás y alertan a los gendarmes, quienes son capaces incluso de tomar las huellas dactilares a sus dedos petrificados. Solo al aplicar modernas técnicas de datación, los especialistas comprenden que se encuentran ante los restos de un crimen perpetrado hace más de dos milenios. La momia es entonces remitida al experto en antropología racial Arno Gimber que, tras una escrupulosa medición de las distancias proporcionales entre los ojos, la nariz y la barbilla del cadáver afirma que, sin lugar a dudas, se trata del primer miembro documentado de la raza aria. Desde entonces y hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, la momia es dos veces portada de la revista nazi *Signal*, objeto de docenas de congresos y seminarios e incluso visitada por el mismísimo Adolf Hitler que, en su viaje a Sylt-Host, se refiere al hallazgo como «Padre Fundador de Alemania».

Poco tiempo después, el arqueólogo Johannes Schneider es enviado al lago acompañado por un equipo de especialistas. Tiene la misión de encontrar nuevos restos en el lago, a ser posible el cadáver milenario de una mujer. El proyecto responde a una orden dictada expresamente por el ministro de Propaganda Joseph Goebbels. Si los infectos hebreos se envanecen por descender de Adán y Eva, ¿por qué la raza aria no puede encontrar y exponer al mundo los cuerpos de sus primeros padres? Durante meses, Schneider y su equipo emprenden el dragado de la ciénaga, convencidos de que la Madre de la Patria Aria los aguarda en algún lugar del pantano. Pero el hombre que encuentran aprisionado en los estratos de limo no es el cuerpo que esperan. Tiene las manos atadas, las uñas arrancadas y una bala de la Gestapo en la nuca. Tiene los párpados dolorosamente abiertos y la mirada clavada en Schneider, que inocentemente esperaba encontrar un muerto de otro siglo.

Nadie puede saber qué piensa Schneider en ese momento. Solo podemos imaginarlo en sus largas noches de insomnio, preguntándose cuál habría sido la imperdonable culpa de aquel hombre. Probablemente hace averiguaciones y descubre algo que nunca nadie sabrá. Averigua que aquel hombre era un judío, o un comunista, o un homosexual de la región, como los muchos que los germanos arrojaban a sus ciénagas hace más de dos mil años; en cualquier caso, solo un hombre corriente que hace un par de meses caminaba y hablaba como cualquier otro ser humano. Algo en su interior queda removido al contemplar la mirada de aquel muerto. Algo cambia dentro de él, porque quizás adora la pulcritud de los uniformes nazis y la solemnidad de sus discursos, pero nunca deseó la muerte de nadie. Por eso no regresa a Berlín, pese a que recibe un telegrama personal de Joseph Goebbels. Por eso se oculta durante un tiempo en Baviera, desde donde escribe un texto que logra hacer llegar a los principales periódicos de Europa y América. En él se habla del cadáver equivocado. Habla de las maldades que se cometen a espaldas del pueblo alemán, para más tarde ser enterradas en las ciénagas del olvido. Habla de cómo algún día todos los crímenes del III Reich saldrán a la luz, lo mismo que hoy siguen emergiendo las víctimas de sus antepasados. Habla del hombre anónimo que fue asesinado en el lago de Sylt-Host y de cómo en dos mil años los nazis no parecen haber aprendido nada.

La Gestapo detiene a Schneider cuando intenta atravesar la frontera de Bélgica. Allí, en el sótano de una comisaría que algún día llevará su nombre, lo torturan sin descanso durante una semana. Más tarde, sin molestarse en darle sepultura, arrojan su cadáver al Mar del Norte. Tres semanas después, su cuerpo arriba desfigurado a una playa de Noruega. Tiene las manos atadas, las uñas arrancadas y una bala de la Gestapo en la nuca. Tiene los párpados dolorosamente abiertos y la mirada clavada en un pescador, que inocentemente esperaba encontrar un muerto de otra especie.

HITLER REGALA UNA CIUDAD A LOS JUDÍOS

1

El 23 de junio de 1944 una delegación del Comité Internacional de la Cruz Roja fue autorizada por Adolf Hitler para inspeccionar el campo de prisioneros de Theresienstadt en Checoslovaquia. El comandante del campo Karl Rahm, acompañado por algunos altos dignatarios del III Reich, esperaba a los delegados suizos con una amplia sonrisa y palabras de bienvenida en la estación de Terezín. Ya en los coches, intercambiaron comentarios acerca de las vicisitudes del viaje —los automóviles alemanes son los mejores del mundo, se apresuró a constatar el coronel Schrödinger—, y sobre el tiempo, demasiado seco en aquella época del año. Poco después llegaban a Theresienstadt, donde les esperaban en perfecta formación los residentes del gueto. El doctor Maurice Rossel observó que no parecían refugiados: solo un puñado de familias que han sido sorprendidas en mitad de sus vacaciones de verano. Vestían ropa limpia y zapatos pulcramente cepillados y a su espalda se perfilaban las siluetas de los tiovivos y los toboganes donde cada mañana veían jugar a sus hijos. «Un lugar encantador, *Herr Kommandant*». «Parece un balneario», añadió otro de los delegados, y el comandante Rahm estuvo de acuerdo.

La comisión recorrió las avenidas del gueto. A uno y otro lado, los oficiales les señalaban jardines y piscinas, sucursales bancarias, teatros, bibliotecas, tintorerías, oficinas de postas y tiendas de alimentación, pabellones de recreo, rosaledas y guarderías. Las maderas de los edificios estaban recién barnizadas y resplandecían bajo el implacable sol de verano. Todo parecía limpio y nuevo, como sorprendido de ser usado. Las calles estaban llenas de judíos que paseaban de un lado a otro, de hombres y mujeres que entraban y salían de los comercios, que hablaban en voz alta o tomaban el sol o reían. Los inspectores garabateaban notas en sus cuadernos, hacían fotos de todo cuanto encontraban en su camino: un empleado apurando un cigarrillo a la puerta de su barbería; los palcos y las butacas de fieltro rojo del cine Orel, a punto de llenarse para la sesión de la tarde; un grupo de niños saliendo en perfecto orden de la escuela, cantando una canción en checo cuya letra el general Dietrich les tradujo con una sonrisa. El café restaurante, bajo cuyas sombrillas unos cuantos hombres leían el periódico y bebían cervezas heladas.

La comisión suiza y los oficiales alemanes conversaban animadamente en el comedor privado del comandante Rahm. Durante la comida los delegados

elogiaron el *roast beef*, la selección de caviares, el vino. Se lamentaron de lo difícil que era encontrar un *château* aceptable en aquellos tiempos y brindaron por eso, por la cosecha del año treinta y seis que estaban bebiendo y por un día en el que no existieran guerras que impidieran a los *gourmet* disfrutar del buen vino. Después del brindis se dirigieron al pabellón de conciertos, donde asistieron al estreno de la ópera Brundibár, protagonizada por un grupo de sonrosados y sonrientes niños judíos. «Su autor es Adolf Hoffmeister y su compositor el eminente Hans Krása», explicó el coronel Schrödinger. Y, tras una pequeña pausa, añadió: «Un excelente compositor judío». Terminada la función, los delegados aplaudieron con entusiasmo y pronunciaron algunos fervorosos elogios. Uno de ellos incluso insistió en felicitar al niño que había interpretado el papel de Brundibár, que aún yacía tendido en el suelo del escenario.

Horas después, suizos y alemanes se estrechaban la mano en el andén de la estación; reiteraron sus buenos deseos y ciertos consejos gastronómicos intercambiados a lo largo del día —«Debe usted probar el caviar turco, *Herr* Rahm; verá cómo nota la diferencia»—, y se despidieron. El tren salió con siete minutos de retraso. Los precisos para que el convoy no coincidiera en la estación siguiente con otro tren que venía en dirección contraria, rumbo a Auschwitz-Birkenau.

2

Los días que su mujer le reprocha que de un tiempo a esta parte no es cariñoso con los niños y ya no se preocupa por ella como antes, el comandante Rahm suspira, se afloja el cuello del uniforme y repite querida, no tienes ni idea del infierno por el que estoy pasando. Cómo explicarle todas esas cosas que ella no puede entender; que de hecho no debería entender, porque los secretos del III Reich no se comparten con nadie. Hasta la Navidad del año 43 había sido un hombre feliz. Por aquel entonces, ya dirigía Theresienstadt: un campo modesto, sin grandes pretensiones, pero que se enorgullecía de hacer funcionar con la suficiente eficacia para suprimir ciento cincuenta prisioneros por semana, casi sin levantar revuelo. Una vez incluso había estrechado la mano del mismísimo Adolf Hitler y había escuchado de sus labios que el pueblo alemán estaba en deuda con sus servicios. Los labios del Führer, abriéndose y cerrándose solo para sus oídos. Quién volviera a esos buenos tiempos, piensa *Herr* Rahm con frecuencia, cuando las mayores

dificultades a las que se enfrentaba a lo largo del día eran un brote de difteria entre los prisioneros o un inoportuno retraso en el trabajo de los crematorios. Luego todo cambió. Llegaron aquellas órdenes lacradas que contenían su ruina, aunque sus superiores se hubieran esforzado por disfrazarlas tras el pomposo nombre de «Campaña de Embellecimiento». Esas palabras amables lo hicieron desconfiar. A lo largo de veinticinco años de servicio, el comandante Rahm había oído hablar de muchas campañas y su lenguaje invariablemente le había parecido el mismo: localizar al enemigo, rodearlo, destruirlo. El significado de una campaña de embellecimiento se le escapaba por completo, pero desde el comienzo presintió el pretexto de alguna labor oscura e ingrata que, por alguna razón, había ido a recaer en sus manos.

Al principio, se limitó a obedecer las órdenes contradictorias que llegaban de Berlín, sin hacer preguntas. De pronto era urgente erradicar el tifus y la tuberculosis y hacer algo contra la plaga de piojos. Había que derribar las alambradas y erguir tapias de mampostería sin barrotes ni torres de vigilancia. Rediseñar todas las dependencias del campo y hacer nuevas mediciones que respetaran ciertas sutilezas de la Convención de Ginebra. ¡La Convención de Ginebra! Por un momento, Rahm creyó que sus superiores se habían vuelto locos. Poco tiempo después recibió una comunicación personal del ministro de Propaganda Joseph Goebbels. Al otro lado del teléfono, Goebbels se refirió a los «recientes cambios estructurales en el campo» y a «la inminente visita de los delegados suizos». Al parecer, estaban empezando a circular rumores irresponsables sobre el trato a los judíos en el III Reich y Hitler había decidido invitar a la Cruz Roja a uno de sus campos de prisioneros para desmentir las acusaciones. Debían demostrar al mundo que la Nueva Alemania también sabía ser piadosa con las razas inferiores. El honor de esta sagrada misión, continuó Goebbels, ha recaído en sus manos, *Herr Kommandant*. Rahm cerró los ojos. ¡Más de cien campos de concentración por toda Europa y precisamente el suyo tenía que ser el elegido! Pero, por supuesto, no dijo nada de eso. Solo apretó los labios, murmuró que sería un placer servir a su Führer y después colgó el teléfono.

Así comenzó para el comandante Rahm ese infierno del cual ni siquiera su mujer tiene noticia; una campaña de embellecimiento que a lo largo del día requiere más papeleo que la mismísima campaña de Rusia. *Herr* Rahm, reúna a los residentes del campo y envíe a Auschwitz a los doce mil quinientos que no sean presentables. Convierta el crematorio en la chimenea de una fábrica de ladrillos, levante un parque infantil y plante flores en los parterres donde antes estuvieron clavadas las alambradas. Tulipanes a ser posible, *Herr*

Kommandant, los tulipanes son alegres y darán el toque de color necesario. Si no tienen tiempo de echar raíces, los manda traer de un invernadero de Praga y los sujeta a la tierra con alfileres; no podemos descuidar ni el más mínimo detalle. Pague veinte marcos la hora a una cuadrilla de médicos para que certifique la salud de quince mil trabajadores que el próximo año estarán muertos. Reciba un nuevo convoy de intelectuales judíos y procure que no se le mueran demasiados. Al menos una pastilla de jabón, una bolsa de azúcar y un metro cúbico de espacio por persona, ya sabe cómo son de delicados los artistas y no digamos los escritores. Esos se te mueren solo con mirarlos. Y sobre todo niños, *HerrRahm*, recuerde que debe haber muchos niños felices corriendo por todas partes para dar un poco de alegría a este cementerio. El resto lo harán los tulipanes. Y, hablando de tulipanes, ¿consiguió los que le pedí? En cuanto a los niños, deles algo que hacer, porque si no solo estorbarán las reformas, tal vez una obra de teatro o una función escolar con que podamos agasajar a los invitados. Cualquier autor valdrá, Goethe, Lessing, lo que quiera, o mejor, algún autor judío. Por alguna parte debe de existir alguna obra que no sea del todo subversiva. Si esa obra existe, encuéntrela. Que los niños ensayen todo el día, y también los adultos, claro; que repitan de memoria las respuestas que habrán de dar a los inspectores. También quiero que se construya aquí una oficina de postas. ¿No hay tiempo de tender los cables? No importa, *Herr* Rahm; seguro que a usted, que es un hombre tan capaz, se le ocurre algo al respecto.

Solo seis meses, antes de la visita de los delegados, y diez mil hombres y mujeres desnutridos para levantar de la nada el teatro Orel, precisamente donde antes estuvo el cementerio de las víctimas de tuberculosis. Construir también el falso restaurante y la sinagoga sin imágenes ni libros sagrados y la sucursal bancaria con fajos de cartulinas azules en lugar de billetes y soldados disfrazados de banqueros detrás de los mostradores. Por no hablar de los tulipanes, que son casi tan delicados como los prisioneros; que al menor descuido se agostan y se marchitan, y se mueren, y hay que traer nuevos cargamentos cada semana, trenes venidos de Praga en los que viajan trescientos nuevos reclusos y quince toneladas de tulipanes para reemplazar a los muertos. Y en medio de esa labor imposible, más contratiempos. Una amonestación sin suspensión de sueldo para el soldado que pierde los nervios y dispara sobre el pianista de la obra de teatro a solo tres semanas del estreno, dígame ahora qué va a ser de nosotros, *Herr Kommandant*, busque por todas partes un pianista judío que no esté muerto. Ya sé que antes le dije que los escritores son delicados, pero olvidé decirle lo sensibles que son los pianistas;

le aseguro que no quedará un solo pianista judío cuando esta guerra termine. Y, sobre todo, el problema de los tulipanes, los malditos tulipanes que por alguna razón misteriosa parecen rechazar la tierra, el estiércol de primera calidad traído de Silesia que no sirve de nada, y la impotencia de los jardineros, y por último hacer precisamente lo que el señor Ministro dijo, sujetar las flores muertas con alfileres y clavarlas al suelo. Por no hablar del oficial de las SS que escoge, precisamente, la víspera de la visita para volarse la cabeza en su despacho, como si no tuvieran otros muertos que enterrar; como si a solo dos mil kilómetros no hubiera cinco millones de rusos dispuestos a alojar balas en el cerebro de sus soldados. El día de la verdad cada vez más cerca, y las noches de insomnio, y los sueños del comandante Rahm que por alguna razón empiezan a llenarse de flores. Sueña que tiene a su cargo un inmenso invernadero, tulipanes delicados que necesitan sacos de azúcar y sopa y beber agua potable todos los días. Tulipanes que se marchitan sin remedio precisamente durante la visita de los jardineros y entonces el Führer —que por alguna razón no es un tulipán, sino una gigantesca azalea— le castiga por no presentar las flores como es debido.

Pero, por supuesto, el comandante Rahm no dice nada de esto a su esposa. Tampoco cuando despierta en mitad de la noche gritando, sacudido por una de tantas pesadillas llenas de niños y flores. Solo sonríe y dice no pasa nada, mi amor, claro que quiero a nuestros hijos. Claro que estoy tan enamorado de ti como antes. Solo se afloja el cuello del uniforme y repite querida, si al menos tuvieras idea del infierno que estoy pasando.

3

János Kovács fuma un cigarrillo sentado en la puerta de la barbería. Aquel edificio que en realidad no es más que lo que puede verse desde la calle: un lienzo de madera con puertas e incluso geranios en las ventanas pero detrás del cual no hubo tiempo de construir nada. Un solar desierto en el que la gente finge entrar para afeitarse la barba. Pero János no piensa en eso. Solo fuma el primer cigarrillo de su vida y recuerda las palabras que el sargento Schulz le dirigió hace solo unos instantes: Fúmalo, aunque te haga toser, y sonríe, sobre todo sonríe cuando pasen los delegados. Hay que demostrarles que en Theresienstadt cada hombre tiene su ración de cigarrillos y sabe fumarla con alegría. Así que sonríe y fuma despacio, porque János siempre ha obedecido a la autoridad y eso es lo que lo ha mantenido con vida. ¿Cuánto

tiempo tardará un cigarrillo en consumirse? Le parece que no debe de ser más de siete u ocho minutos; tal vez diez si lo fuma con esas caladas cortas, de estudiante que roba un primer cigarro del abrigo de su padre. Aquellos son los primeros minutos de libertad que disfruta en casi veintidós meses. Le gustaría que ese cigarrillo que le sabe a sangre —con esfuerzo contiene las ganas de toser en cada calada— no terminase nunca. Por primera vez desde que llegó al campo tiene tiempo para pensar. Mira a los camareros que salen de los comedores con pajaritas negras y guantes blancos de tergal. Mira a los oficiales de las SS sin sus pistolas en el cinto y a los delegados suizos paseando con las manos en la espalda, felices y despreocupados. Uno de ellos le sonríe, dice algo en francés, le toma una fotografía. *Flash*. Después reanuda su marcha. En ese simple acto se han consumido casi treinta segundos de su recién adquirida libertad.

János mira el hilo de humo que caracolea por encima de su cabeza. La ceniza que constantemente cae al suelo le recuerda el hollín de aquel crematorio que durante un año no dejó de trabajar día y noche y que hoy es solo una inofensiva fábrica de ladrillos. Lo sabe muy bien porque durante dos meses colaboró en las reformas, lo mismo que trabajó en la construcción del teatro y ayudó a clavar uno a uno aquellos tulipanes enfermos en sus parterres. Y, precisamente ahora, descubre —apenas han pasado tres minutos desde que encendió el cigarrillo, y los recuerdos olvidados son como ese humo que poco a poco inunda sus pulmones— que durante todo ese tiempo no recuerda haber pensado en nada. Cada mañana era levantado a las cinco de la madrugada para serrar, cortar y clavar las maderas de lo que algún día sería el teatro Orel y, mientras tanto, sus pensamientos no viajaban a ningún lugar. A veces tenía que aproximarse al perímetro de seguridad para descargar los camiones que venían desde Praga, pero ni siquiera entonces sentía deseos de mirar al otro lado de las alambradas. Afuera parecía no existir. Y dentro era un lugar demasiado simple para ser pensado. Ni siquiera podía nombrar las cosas que sucedían a su alrededor, porque a este lado de las vallas electrificadas, entre los barracones y las casamatas de los guardias, ya no existían las palabras. Nadie pensaba tampoco en sus sentimientos. Era como si alguien los hubiera robado, junto con las palabras que alguna vez representaron. Si hubiera podido recordar la palabra «tristeza», tal vez habría descubierto que estaba triste. Si alguien hubiera vuelto a poner ante sus ojos la palabra «soledad», aunque fuera mecanografiada en la página de un libro, habría comprendido que estaba solo. Pero todas esas palabras habían desaparecido y con ellas la posibilidad de ser sentidas.

Por supuesto desde que llegó al campo han sucedido muchas cosas que es capaz de recordar y nombrar. La primera noche alguien robó los cordones de sus zapatos. Otro día perdió uno de sus dientes mientras comía; un colmillo que simplemente se desprendió y cayó, sin previo aviso, sobre la escudilla de la sopa. Una tarde vio cómo su padre era subido junto a otros ancianos al tren de aquellos que no regresaban. Si se hubiera detenido a pensarlo, habría descubierto que su padre estaba muerto, pero hasta ahora no ha tenido tiempo para pensar. Ni siquiera es capaz de recordar quién era su padre antes de convertirse en aquel anciano que alguna vez había visto trabajar con torpeza, al otro lado de la cerca de los impedidos. No puede ver al hombre que lo llevaba de la mano al colegio o le enseñó a leer porque, para nombrar todos esos recuerdos, hacen falta palabras nuevas, preciosas, que dentro del campo han perdido todo su sentido. Su padre ha muerto. En cierto modo eso tampoco significa nada. Nadie le ha permitido pronunciar las palabras adecuadas para llorarlo y por tanto es como si su padre nunca hubiera muerto.

Ocho minutos de pensamientos; sus primeros pensamientos en casi dos años de encierro y el cigarro que está a punto de consumirse por completo. En solo unos instantes se quemará los dedos con él, pero en este momento no lo sabe. Solo se detiene a mirar a su alrededor, con la colilla todavía humeando en la mano. Mira los jardines llenos de flores y los parques en los que juegan los niños y por primera vez lo hace con ojos nuevos. No como quien sabe que detrás de la barbería no hay nada y en la fábrica de ladrillos no se cuece ningún ladrillo. Mira Theresienstadt como si fuera un delegado suizo más cuya tarea se limitara a regresar a Ginebra y decir es asombroso, en Checoslovaquia Hitler regala realmente ciudades a los judíos. Y, mientras lo hace, mientras mira esa ciudad llena de vida tan semejante a la ciudad en la que su padre y él habían sido felices, siente cómo poco a poco regresan todas las palabras. Añoranza, amor, ternura, soledad, tristeza. Todas limpias y vírgenes como las paredes de los edificios recién barnizados; todas listas para ser usadas y sentidas en cualquier momento. Madurez, cansancio, esperanza, hartazgo, melancolía. También muerte. Sobre todo muerte. Y solo cuando esa palabra penetra en él comprende que su padre ha muerto y con él, seguramente, su madre y sus dos hermanas y sus sobrinos y todos aquellos familiares de los que hace tanto tiempo no tiene noticia. Es justo en ese momento cuando la colilla le quema los dedos. Agita la mano, maldice. Su primer cigarro en el suelo y su familia enterrada en cualquier lugar a muchos kilómetros de distancia.

Por un momento desea que los inspectores pasen de nuevo a su lado con sus libretas y sus cámaras. Que le hagan preguntas incómodas y sospechen, y entonces decirles que su padre, y su madre, y sus hermanas, y su pueblo. Que lo fotografíen así, llorando los dos últimos años de una vida que solo ahora ha empezado a entender. Pero cuando aplasta la colilla con la suela de su zapato ya no queda nadie en la calle. Todos han entrado en el teatro para asistir al estreno de la ópera Brundibár y, del interior del edificio que su padre y él levantaron con sus manos, comienzan a llegar los primeros aplausos.

4

Todas las mañanas Hans Krása —pero entonces no se llama Hans Krása, sino solo Señor Director— enseña a los niños qué deberán hacer y decir cuando el telón finalmente se alce. Todas las tardes Hans Krása —pero entonces no se llama Hans Krása ni Señor Director, sino solo 001988— recibe instrucciones sobre lo que deberá hacer y decir cuando los inspectores finalmente lleguen. Cada niño debe recordar el momento exacto en que entrar a escena, así como las palabras que han de pronunciar al unísono cuando el malvado Brundibár muera. 001988 ha memorizado en qué esquina debe esperar a la comisión suiza fumando su cigarrillo —hágalo despacio, sin prisas, como si ese fuera solo un cigarrillo más de los muchos que se fuma al día— y qué ha de responder a los delegados cuando le pregunten: «Llevo dos años en Theresienstadt y no podría ser más feliz; solo aquí mi familia y yo estamos a salvo de los horrores de la guerra». Los niños se esfuerzan por aprender rápido, porque de lo contrario el Señor Director se enfadará, no conseguirán un papel en la obra y verán Brundibár desde las gradas. 001988 se esfuerza por aprender rápido, porque de lo contrario ya no estará aquí cuando los inspectores lleguen.

Antes de comenzar cada ensayo el Señor Director reúne a los niños al pie de la tarima. Es el comienzo de la obra y los actores deben parecer tristes, muy tristes, porque el malvado Brundibár ha vuelto a engañarlos, y para eso nada tan fácil como dirigirles las palabras adecuadas. Os acordáis, dice, de cuando el campo estaba lleno de humo y de alambradas y de hombres de negro que gritaban muy fuerte; pensad en eso, recordad cuando no había panadería ni columpios ni tienda de golosinas, o mejor, pensad en el señor Berstein y, al decirlo, señala la butaca en la que alguna vez se sentó el pianista muerto, pensad en su marcha, en que se fuera sin decirnos adiós; pensad en lo

triste que será que estrenemos Brundibár y él no esté aquí para acompañarnos con su música. Los niños lo escuchan en silencio. Cierran los ojos, se concentran. Sus rostros risueños se vuelven severos y algunos incluso comienzan a llorar. Casi siempre es el pequeño Geörg, porque a pesar de que solo tiene seis años ha de recordar vagamente que, en el tiempo en que no había columpios ni tiendas de golosinas, en cambio sí que vivían sus padres. Entonces los ensayos comienzan y el resultado es magnífico. El Señor Director sabe que con esos actores la obra será todo un éxito; el mismísimo Stanislavsky estaría orgulloso de ellos, piensa, pero no se atreve a decirlo en voz alta, porque en Theresienstadt está prohibido nombrar a los rusos.

Pero todo cambia con el final de la obra. Porque de pronto los niños se enfrentan al malvado Brundibár y lo derriban y lo matan, y de golpe todos han de estar felices y cantar a coro esa cancioncilla infantil que antes acompañaba al piano el señor Berstein y ahora hay que cantar a capela. Y entonces el Señor Director los reúne de nuevo y les dice pero a qué vienen esas caras tan largas, es que no os habéis enterado de que el malvado Brundibár ha muerto y es como cuando los hombres de negro se hicieron amables y plantaron tulipanes y nos dieron pastillas de jabón y caramelos; pensad en eso, en cómo es Theresienstadt ahora y en lo mucho que os divertiréis en el parque cuando los ensayos terminen. De pronto es como si el escenario se bañara de una luz distinta y los niños ríen de nuevo, antes llorando y solo un instante después todos cantando y riendo y festejando, porque Brundibár ha muerto; porque Theresienstadt se parece hoy un poco más a esa ciudad en la que nacieron y ya apenas recuerdan. Solo Piotr, que a sus quince años es ya casi tan alto como un hombre y por eso encarna al gigante Brundibár, permanece serio y taciturno. En cada ensayo se deja matar sin resistencia y luego cae al suelo y queda tendido en él mucho tiempo, grave, pensativo; como si solo él conociera un secreto que no puede ser compartido con nadie.

001988 ha descubierto que no es un buen actor. Le gustaría tener un director de escena tan comprensivo como sin duda es él mismo. O quizás necesitaría uno aún más comprensivo, porque a veces ha llegado a pensar que él —es decir, el Señor Director— se habría expulsado hace tiempo de su propia obra. Sabe bien los diálogos pero los dice sin convicción, como si los recitara, y a veces el sargento le grita y le azota la cara con la fusta para que parezca más contento. Sonríe, sonríe más cuando hables, perro judío. Y 001988 —el perro judío— lo intenta de veras, pero el rictus de gravedad se le ha petrificado y necesita ablandarse las mandíbulas con las manos. Lo intenta una y otra vez, porque no puede permitirse que lo despidan de esta

obra. Piensa en los niños. En cómo pueden saltar del llanto a la risa en un instante. Ahora necesitaría sus consejos. Que le confesaran qué es lo que piensan para parecer felices en un escenario más allá del cual solo está la muerte. Así que cierra los ojos y piensa en ellos y en esa felicidad suya que parece verdadera y repite una y otra vez la frase que habrá de dirigir a los delegados: «Llevo dos años en Theresienstadt y no podría ser más feliz; ¡solo aquí mi familia y yo estamos a salvo de los horrores de la guerra!». Más, más sonriente, perro judío. Así. Así. Y por un momento Hans Krása y el Señor Director y 001988 y el perro judío sonríen al unísono; como si no hubiera nada más divertido que ensayar dos obras de teatro diferentes cada día. Sonríen porque los prisioneros de Theresienstadt han de parecer muy felices y solo así lo estarán también sus verdugos.

5

El día del estreno. Los palcos llenos de altos dignatarios nazis. En el escenario, los niños a punto de matar a Piotr. Es decir, a Brundibár. Todos llorando y de pronto riendo. Solo que no ríen por las razones que el Señor Director les ha repetido tantas veces en cada ensayo. Si son tan felices es porque el hombre que cae de rodillas ante ellos no es Brundibár, ni tampoco Piotr. Aunque nadie más pueda darse cuenta, ese gigante que matan con sus cuchillos invisibles es Adolf Hitler. Es tan gracioso ver cómo en las gradas todos sus subalternos ríen y aplauden la muerte de su Führer. Tampoco ellos, que son tan inteligentes y han cuidado hasta el último detalle, reparan en el tímido bigote que Brundibár lleva pintado sobre sus labios. Lo rodean. Le gritan. Lo traspasan con sus armas de aire. Hitler se trastabilla, su cuerpo se afloja y cae al suelo y mientras tanto ellos murmurando en checo —ese idioma que en las gradas nadie entiende—: «Esto por mi familia. Y por mis amigos. Y por mi gente».

El telón que cae y más tarde se levanta. En los palcos todos en pie porque no saben que hace solo un minuto Hitler ha muerto ante sus ojos. Y, sobre el escenario, sus asesinos que salen a recibir las ovaciones del público y entre dientes musitan esto es lo que pensamos los judíos de nuestro Führer.

6

Piotr murmura las últimas palabras del malvado Brundibár. Luego se deja caer al suelo y el telón cae con él. No se pone en pie, aunque en las gradas ya han empezado a escucharse los primeros aplausos. Solo permanece tendido y mira el cielo insensiblemente azul, indiferente a la suerte de judíos y alemanes. Piensa: Una obra de teatro es el espacio donde por un tiempo todos mienten. Una obra de teatro dentro de otra solo puede reflejar la verdad. Por eso mira el cielo azul y sabe que pronto estará tendido en la tierra como lo está ahora y morirá mirando el mismo cielo. No sabe que ese día será el 9 de noviembre, a las cuatro de la madrugada. Solo que el momento está próximo, que esa es la única verdad y que es ahora cuando empieza a morir la muerte que morirá entonces.

Mira a su alrededor. El público sonríe, aplaude, lo vitorea. Uno de los inspectores incluso ha subido al estrado e insiste en felicitarlo con la mano abierta. Es un gesto de despedida. Mañana regresará a su país aliviado de que los rumores sobre el Führer no sean ciertos. En Suiza, los delegados repetirán a todo aquel que quiera escucharlos: es asombroso, en Checoslovaquia, Hitler realmente regala ciudades a los judíos. A su lado los oficiales de las SS también aplauden y sus sonrisas parecen más reales que la barbería a medio construir, la oficina de postas que nunca enviará telegramas y los tulipanes que no han tenido tiempo de echar raíces en sus parterres. Le parece escuchar que uno de ellos incluso elogia la calidad del decorado, pero no sabe muy bien a cuál de los dos se refiere. También ellos olvidarán. Regresarán a sus casas, besarán a sus esposas y creerán en el balneario de Theresienstadt. En su memoria, los habitantes del campo serán siempre niños que juegan en los parques y viven en casas que huelen a barniz y a pintura fresca. Solo Brundibár habrá sido real. Al menos, mucho más que la procesión de hechos inverosímiles que vendrá después: la marcha de los inspectores y con ellos el desmantelamiento de los escenarios, y de nuevo el hambre, y la difteria, y la escarlatina; y, aún después, los soldados y los trenes y las deportaciones y la infinita espera y las duchas, las duchas al fin. Pero para entonces ya no habrá delegados que los fotografíen y nada será real. Parecerá solo un sueño y como tal no dejará ningún rastro; apenas una columna de humo ascendiendo en el aire y un puñado de papeles mecanografiados. Una lista de dieciocho mil setecientos cincuenta y tres nombres que el 10 de noviembre de 1944 el comandante Rahm firmará sin leer, mientras silba distraído los compases finales de Brundibár.

LOS QUE DUERMEN

Pienso en los vivos todas las noches, cada vez que linterna en mano comienzo mi ronda. Para entonces, todas las personas que conozco están ya dormidas y supongo que también sus rostros tienen algo de muerto. Imagino las palabras con las que los padres arropan a sus hijos. El silencio de una cantina cerrada. El programa que estará viendo mi mujer en el momento de quedarse dormida. Siento —aunque sé que seguramente no es verdad; que en alguna parte hay un estudiante trasnochando o un anciano que no logra conciliar el sueño— que en toda la ciudad soy el único hombre en vela. Todos duermen y mientras tanto yo continúo despierto, entre cadáveres.

En eso consiste mi trabajo. Activo las alarmas. Distribuyo las audioguías. Guardo el sueño de aquellos que no volverán a despertar. Paseo por las galerías donde nada sucede, entre las cámaras frigoríficas veladas por cortinas oscuras. Casi ochenta cuerpos dispuestos detrás de sus vitrinas selladas y yo para comprobar que siguen en su lugar y que los dígitos de los termostatos se mantienen en 19 °C. Humedad relativa inferior al 15 %. Focos de iluminación tenue con filtros ultrasensibles. Estoy aquí para eso, para que las momias que se conservaron dos mil años en sus ciénagas se resistan a descomponerse un día más en nuestro museo. Para que mañana a primera hora —pero para entonces ya me habré marchado a casa— las salas se llenen de turistas y de grupos escolares que paseen admirados entre los restos y toquen las vitrinas con el dedo, aunque esté prohibido. Y la noche siguiente yo sabré que otra vez alguien ha vuelto a violar el reglamento y tardaré al menos diez minutos en limpiar las huellas dactilares de los vidrios.

No sé mucho sobre las momias de los pantanos. Tampoco las razones por las que han llegado intactas hasta nosotros. En los paneles explicativos que acompañan las vitrinas he leído muchos términos misteriosos. Expresiones como «aguas pantanosas ricas en ácido tánico». «Condiciones anaeróbicas presentes en el lecho de las turberas». «Momificación espontánea en entornos carbonosos». «Suspensión del proceso natural de descomposición». Son palabras que no entiendo del todo y que me limito a aceptar, sin hacerme preguntas. Del mismo modo que debo creer a los historiadores cuando afirman que todos estos hombres y mujeres fueron sacrificados hace dos mil

años, aunque por más que los observe sigan pareciéndome personas que hace solo un par de días continuaban vivas. Me limito a asentir porque mi opinión no vale nada. No soy químico. No soy historiador. Eso es lo que le dije al director del museo en mi entrevista de trabajo y él sonrió; «No importa. Usted solo debe preocuparse por mantener la temperatura de las cámaras a 19 °C. La humedad relativa inferior al 15 %. Los focos de iluminación con sus filtros ultrasensibles». Y a eso es a lo que me he limitado durante todos estos años. ¿Cuántos años? No sabría decirlo. Solo sé que a lo largo de todo este tiempo yo he cambiado. Me he casado. He tenido hijos que han crecido; un apartamento que ha variado la disposición de sus muebles en al menos tres ocasiones. Mascotas que han jugado en nuestro jardín y más tarde han muerto. Solo las momias permanecen idénticas. Solo ellas no han cambiado y continuarán en sus paraísos de 19 °C cuando tampoco yo esté aquí para cuidarlas.

En todos estos años, solo he conocido a un historiador. Por aquel entonces, llevaba muy poco tiempo trabajando en el museo y todavía tenía dificultades para controlar la temperatura de las cámaras. El director me dijo que esa noche debía atender la visita de un experto que necesitaba tomar algunas muestras de los cuerpos. Era un hombre joven y distraído, que cuando llegó apenas se molestó en saludar y que pasó muchas horas reclinado sobre la vitrina del Hombre de Gundelrösse, con una espátula y bolsas de plástico diminutas. En mitad de la madrugada hizo un descanso. Se sentó en los peldaños del museo, justo frente a mi garita, con un bocadillo en las manos. Fue entonces cuando se dirigió a mí por primera vez. Dijo que envidiaba mi trabajo. Poder ver todas esas maravillas, cada noche. Yo no contesté nada porque estaba demasiado ocupado reprogramando la cámara frigorífica de la Mujer de Elling, que momentáneamente había subido hasta 19,4 °C. Luego me preguntó qué opinaba de las momias. Me encogí de hombros. «No soy químico ni historiador», contesté. Él dio otro mordisco a su bocadillo y añadió, como si no me hubiera escuchado: «Ellas son nuestra oportunidad de deshacer los errores del pasado». Yo dije que sí, que desde luego lo eran, aunque no tenía ni idea de a qué se refería. Luego dijo otras muchas cosas que no entendí. Habló de la Historia, de un tal Benjamin y también de un ángel que caminaba de espaldas para mirar fijamente todo lo que destruía a su paso. «Eso hace el Ángel de la Historia», dijo, «repara las injusticias del pasado, trae hasta el presente la memoria de los vencidos. El tiempo acaba poniéndolo todo en su lugar». Yo dije que pensaba exactamente lo mismo y continué con mi trabajo.

Después se limpió la boca con la manga de la camisa y señaló una de las vitrinas con el bocadillo. «Piense en ese hombre. Lo ejecutaron hace casi dos mil años, probablemente por negarse a combatir. Lo sabemos porque tiene una vara de abedul atravesándole el pecho. Los germanos lo arrojaron a la ciénaga y lo asesinaron porque no era digno de pertenecer a su tribu. Ahora, él y otros como él están aquí, entre nosotros. Gastamos millones de euros en su conservación y hacemos gigantescas colas para visitarlos. ¿Y quién recuerda ahora a todos esos hombres dignos que los asesinaron?». Hizo un gesto vago, que abarcaba el museo y también todo lo que quedaba fuera. Todos los vivos durmiendo, con sus rostros de muerto. Luego habló de una mujer que fue asesinada por adúltera y más tarde adorada como encarnación de la Virgen María. Del Padre Fundador de Alemania —número 18 del catálogo—, ejecutado por homosexual y después convertido en el emblema de una nación que asesinaba a los homosexuales. Supongo que se refería a los nazis: cuando alguien cita la historia de Alemania siempre quiere hablar de los nazis. Después dijo otras muchas cosas que no recuerdo bien, porque la Mujer de Elling había descendido hasta los 18,7 °C. Solo sé que cuando terminó se sacudió las migas, guardó el envoltorio del bocadillo y dijo: «Estas son las paradojas de la Historia».

A lo largo de estos años he pensado mucho en sus palabras. He tratado de imaginar las momias tal y como me parece que él las veía. Seres que tienen la apariencia de estar muertos y, sin embargo, están vivos, pues con su presencia nos denuncian los crímenes del pasado. Viajeros en el tiempo que han sobrevivido a sus asesinos y que, de alguna forma, son afortunados por seguir entre nosotros. Como esos hombres sobre los que oí hablar en aquel documental. Los criogenizados. Tipos que firman un contrato para que después de su muerte los congelen en inmensos contenedores, a la espera de que la ciencia sea capaz de resucitarlos. Como Walt Disney. Eso es lo que hago: pienso en esos cementerios de hombres congelados que están en alguna parte, creo que en América, y que seguramente no se diferencian tanto de nuestro museo. Pienso en las inmensas cápsulas llenas de cuerpos y en si también ellos contarán con un vigilante que cada noche inicie su ronda linterna en mano para controlar los cambios de temperatura. Así es exactamente como veo a las momias. Personas que no están muertas, sino dormidas, y que podrían despertar en cualquier instante. Y me da por pensar que, si lo hicieran, nos estarían muy agradecidos por haberlos mantenido intactos en sus vitrinas. Igual que todos esos hombres criogenizados lo estarán algún día con los hombres del futuro.

Pero a veces pienso distinto. A lo mejor pasé la noche limpiando las huellas de los vidrios y el amanecer me sorprendió fumando en mi garita. Por una ventana entreabierta empieza a llegarme otra vez el ruido de los cláxones. Imagino a un hombre levantando la persiana de su comercio. Las farolas de la autopista apagándose al mismo tiempo. Mi mujer despertando a nuestros hijos y más tarde llevándolos al colegio. Siento —aunque sé que seguramente no es verdad; que en alguna parte hay alguien que, como yo, ha permanecido despierto— que en toda la ciudad soy el único que está a punto de acostarse. Es entonces, en el momento de apagar las luces y saludar a los vigilantes que vienen a relevarme, cuando por un instante trato de ponerme en la piel de las momias. Esa piel renegrida por el fango que las cubrió durante tantos siglos. Aunque no puedan recordarlo. Trato de imaginar qué pensarían si de verdad estuvieran vivas. Y se me ocurre que tal vez aquel historiador estaba equivocado. La Historia no repara ninguna injusticia. Las momias no son afortunadas por seguir entre nosotros. Para darme cuenta, no necesito más que mirar sus cuerpos torturados, que en todo este tiempo no han logrado encontrar descanso. Tal vez sus verdugos sabían que este era el castigo que les esperaba en sus ciénagas. La pesadilla de vivir para siempre en estas vitrinas. Sufrir eternamente en un viaje a ninguna parte. Y a lo mejor todas estas cámaras frigoríficas y los sensores de temperatura, y sus focos ultrasensibles, son solo partes previstas de esa condena. Todo el museo, un infierno hecho a medida y yo su carcelero.

Pero hablo por hablar, porque yo no soy historiador. Mucho menos químico. Solo soy un vigilante nocturno que tiene tiempo de pensar demasiado. Un hombre que no ha dormido en toda la noche y lo único que desea es regresar a casa y acostarse en el lado de la cama que su mujer ha mantenido caliente.

LAS BUENAS INTENCIONES

Todas las mañanas, mamá me despierta con sus gritos y entre lágrimas me pregunta dónde está papá. La farsa comienza en ese mismo momento, mientras la visto o aseo y le digo cualquier cosa. Que papá volverá en un minuto o bien que ya murió hace muchos años.

Mamá tiene esa mirada extraña cuando respondo, esa manera de decir sí y no al mismo tiempo. Pero al final siempre asiente —incluso los días que soy solo su enfermera y, con los ojos entrecerrados, me pregunta dónde está mi bata—. Siempre dice sí porque no hay ninguna razón para aferrarse al no, ningún débil recuerdo que niegue que estamos en guerra o que a su otra hija —la pequeña, mamá, ¿no recuerdas?— finalmente la consumió el cáncer.

Tiene un largo pelo blanco, una melena fuerte y cana que tardo mucho tiempo en desenredar. Y yo empleo los minutos vacíos en contarle un pasado, en construir una verdad que sea cualquier verdad, pues todas valen lo mismo y hace mucho que olvidé cuál era la nuestra. Ella escucha en silencio, me mira con sus ojos asombrados y redondos. No hace preguntas. Ninguna pregunta es posible cuando nada es cierto. Ni siquiera abre la boca para quejarse cuando le doy tirones con el peine, porque le repito que las niñas bonitas no lloran cuando se les tira del cabello.

A veces recuerdo los sueños de mamá; los que tenía antes de ponerse enferma, antes de olvidar todo aquello que le habría gustado ser. Y se los repito punto por punto. Le digo que consiguió la beca, que no se casó tan joven, que papá nunca dijo aquellas cosas. Le cuento que afuera el mundo va mejor de lo que piensa. Pero, en realidad, mamá no piensa nada y se limita a mirar las persianas bajadas, a encogerse de hombros, a sonreír. No piensa nada porque le basta con saber que fui la primera de mi promoción o que estoy a punto de cerrar un negocio en cualquier parte que requiera un billete de avión. Y están incluso esos días afortunados en que ganamos un premio multimillonario de la lotería y tenemos tanto dinero que podríamos comprar cualquier cosa si no fuera porque hoy es también domingo.

Mamá sonríe cualquiera de esos días en los que todo es perfecto. Pero también hay mañanas distintas. Días en que despierto con un sabor extraño en la boca o me visita de nuevo ese horrible dolor de cabeza. Y de pronto las

cosas ya no me parecen tan fáciles. Algo me impide inventar una vez más el pasado tal y como mi madre querría que fuera. Algo que se parece mucho al rencor o a la envidia. Envidia por esa vida cómoda que consiste en despertar en blanco cada día y no cansarte nunca de escuchar que tu vida ha sido un éxito. La misma belleza una y otra vez hasta el infinito. Al fin y al cabo mi vida, esa vida que a veces recuerdo, nunca fue ningún lecho de rosas. Es entonces cuando siento esa insoportable jaqueca de la que no puedo librarme con nada. Mamá grita desde su cuarto, pregunta a gritos dónde está papá una vez más y yo me sorprendo diciéndole que lo echó de casa hace ya muchos años. O que murió, o que está en la habitación de al lado y no quiere verla. O que yo soy su amante y es a mí a quien realmente ama.

Claro que quiero a mamá; que me compadezco por su estado. Pero no es fácil cuidarla día tras día con el mismo ánimo como si nada ocurriera, como si no existiera el tiempo y fuéramos una más entre sus fotografías de infancia olvidadas. Quiero decir que, cada vez que vuelve el dolor de cabeza, sé que a mamá y a mí nos espera un día duro, que diré algo atroz de lo que más tarde me arrepienta o simplemente que nuestro pasado será de nuevo insoportable. Tal vez nunca llegué a nacer. Tal vez toda su familia murió en alguna guerra sangrienta cuyo nombre invento. Tal vez mamá nunca conoció a papá —crees recordar que sí, pero no es verdad, mamá: es solo otro sueño—. Y ella guarda ese silencio con que lo cree absolutamente todo. También cuando le digo pero si te encanta el puré de patata, mamá, y mientras lo sorbe con esfuerzo siento cómo se estremece y pelea consigo misma, con su asco, con sus papilas gustativas traicioneras. O señalo su pierna enferma y digo no te pasa nada en la pierna y la obligo a caminar pasillo arriba y pasillo abajo mientras disimula tras los dientes apretados el quejido de un dolor imposible. Al día siguiente, despierta con la pierna amoratada por el esfuerzo y su cansancio es la excusa perfecta para decirle que todo es inútil, que el accidente que se llevó a papá la dejó inválida hace ya muchos años. Mamá me mira otra vez de ese modo extraño, porque intenta recordar y su memoria es de nuevo el mismo muro sin ventanas.

A veces el juego consiste precisamente en lo contrario: en no hacer, en no decir absolutamente nada. Me escondo desde primera hora de la mañana y no hago caso de sus gritos. Aunque se arrastre fuera de la cama y se haga sangre en las muñecas. Recorre toda la casa con esfuerzo y no encuentra a nadie, no reconoce nada. Sus últimos recuerdos se remontan a treinta o cuarenta años atrás y yo sonrío pensando que cada mueble es para ella una novedad dolorosa, incomprensible; un escenario de película de ciencia ficción. Su

lugar favorito es el baño. Las instalaciones están viejas, se diría que tienen esos treinta o cuarenta años en blanco, y las cañerías desnudas son aún de plomo. Allí se abraza al retrete o al lavabo y, con la frente apoyada en el mármol, grita hasta perder la voz. A veces llama a papá; a veces se acuerda de mi nombre o del de su propia madre. Dejo adrede un calendario sobre el espejo. Un calendario que puede ser actual o atrasado según convenga y, a veces, incluso falsificado en una fecha futura e inverosímil. Mamá lee 2374 y se lo repite una y otra vez mientras llora abrazada al lavabo, porque comprende que seguramente ha de estar ya muerta. En algún momento se queda dormida, desfallecida por el hambre o por la sed: su angustia debe de ser seguramente inmensa. Más tarde despierta en este o en aquel sitio de la casa y entonces aparezco yo, su salvadora. La incorporo y le digo mamá, te quedaste dormida, y eso que dijimos que esta vez me ayudarías a pelar las patatas.

Otros días, bajo todas las persianas y corto la corriente eléctrica. Entro en su habitación a oscuras sin dejar de dar palmadas. Al cole, le digo, al cole, vístete de una vez que llegas tarde. Intento fingir una voz diferente, pero en el fondo no importa, porque ya he dicho que mamá lo acepta todo. Quién eres, me pregunta, y yo le respondo con naturalidad soy mamá, qué haces que no te levantas. Ella tarda unos instantes en contestar, porque mi madre no es ninguna tonta y ha de recordar vagamente que su madre murió cuando ella era muy niña. Pero yo no la dejo pensar. Le acaricio el cabello cano, las arrugas y el pecho flácido, y le digo cariño, vas a llegar tarde, levántate que ya te preparé el desayuno. Ella no sabe qué decir. Murmura vagamente algo sobre mi padre, sobre su hija, pero yo no le consiento ninguna duda y le digo otra vez con esa absurda pesadilla de tu marido y de tu hija. Al final acepta que yo soy mamá y ella tiene siete años. Entonces me besa. Me llama con palabras cariñosas que me hacen reír. También me dice que tiene examen de Matemáticas. Yo la beso y luego me incorporo, conecto la luz, levanto las persianas. Le muestro un espejo.

Pero yo quiero a mamá. Lo que intento decir es que quiero lo mejor para ella. Sobre todo los días que no me duele la cabeza. Sé que la quiero porque a veces la he escuchado llorar —a lo mejor le dije que tiene cáncer o bien que se le ahogó la niña en la bañera; esa niña que en su cabeza debo de ser seguramente yo— y, al oírla, he sentido como si algo se me rompiera dentro. Ocurre pocas, muy pocas veces, pero en ese momento no puedo dejar de abrazarla y necesito ser sincera. Necesito contar por una vez la verdad, porque he maquillado el pasado tantas veces que es como si ya no tuviéramos

ninguno, o por el contrario tuviéramos cualquiera. Así que la miro a los ojos y le cuento todo. Le hablo de mis dolores de cabeza, de su enfermedad, de la razón por la que bajo las persianas y no contesto a los timbres ni al teléfono. Le digo que unos días le construyo un pasado perfecto y otros en cambio siento que debo hacer de su memoria un infierno. También le explico que seguramente puedo parecerle cruel, pero que al fin y al cabo no es todo culpa mía: que en cierto modo es el pasado el que me escoge a mí, el que llama cada mañana. Que en estos años he aprendido que la verdad no existe, que la verdad se hace nueva cada día —y que a veces surge de un solo dolor de cabeza, o de un vértigo desapacible en el estómago—.

Mamá no dice nada. Solo escucha en silencio y sonríe o entorna los ojos. Me mira de un modo distinto a siempre. Por primera vez no me cree. Es extraño darse cuenta de cómo a veces la verdad es más difícil de aceptar que la mentira. No me cree, al principio no me cree, y menea la cabeza porque todo es absurdo, pero de pronto algo cambia en su gesto. Es un gesto de horror o de sorpresa. Quizás es que por fin recuerda; que tropieza en mi mirada con algo que le asusta, algo que nunca había visto antes. Por un momento me mira a los ojos y en su mirada veo ciertos recuerdos que prometí no volver a nombrar. En un instante su expresión es más terrible, más desencajada que los días que escucha entre lágrimas que la guerra fría finalmente estalló y somos las únicas supervivientes sobre la tierra. Y entonces ocurre. Por un momento regresan a su cuerpo las fuerzas. Se libra de mis brazos, manotea hasta acertarme en la cara o en el pecho; me araña y me escupe y me grita esas cosas horribles que jamás habría imaginado antes de ponerse enferma y que yo no le tomo en cuenta porque me conduelo por su estado. Me muerde con su boca desdentada o simplemente corre pasillo adelante; corre a pesar de su pierna enferma, a pesar de sus zapatones pesados y su temblor en las rodillas; corre hasta la puerta atrancada o se precipita sobre el teléfono. La pobre no recuerda que todo este tiempo estuvo desconectado.

Mamá golpea una y otra vez la madera. Grita cosas que ningún vecino podrá oír jamás. Poco a poco comprende que el teléfono está apagado y la puerta cerrada con llave. Que antes o después olvidará todo cuanto le he dicho. Sigue golpeando la puerta pero ya lo hace sin energía, sin esperanza, y cuando al final la vence el dolor en la pierna se deja arrastrar sin más hasta el suelo. Allí llora el tiempo suficiente para olvidar qué hace tendida en la moqueta. Y, cuando comprendo que ese momento ha llegado, cuento despacio hasta veinte y después me acerco, le acaricio la cabeza y le pregunto

dulcemente por qué lloras, mamá, y ella contesta con la voz amarga por el llanto no recuerdo, y sigue llorando. Entonces la rodeo con mis brazos; la abrazo con fuerza y le perdono todas aquellas cosas que no recuerdo y que quizás invento. Es como si de pronto sintiera una infinita compasión por su pierna tullida y no puedo evitar echarme a llorar. Lloramos juntas. Lloramos en silencio por los días pasados: por el ayer y también por el mañana. Y por un momento junto las manos y deseo con todas mis fuerzas que mañana sea un día distinto. Un día sin jaquecas ni malos sabores en la boca. Un día en el que haya una única verdad que pueda mirarse a la cara; y esa verdad puede ser cualquier mentira debidamente contada, pues saber lo que era cierto nunca nos sirvió de mucho.

COMO SI

En el principio era el año 2012. Los hombres vivían esperanzados por el pasado sin recordar nada de su futuro: era como si el mundo empezara con ellos.

En el principio eran la ciencia, el fútbol, los vuelos espaciales y los ordenadores. En el principio era la fe en la técnica y en los libros de autoayuda. Eran la multiculturalidad, las energías renovables; los trusts y los cárteles. Los hombres atestaban la tierra y vivían hacinados en jaulas de acero y asfalto. Nadie sabía aún qué era ser feliz; nadie qué significaba ser hombre. Para averiguarlo, la Humanidad prolongaba artificialmente su vida con pastillas y operaciones, sin encontrar respuestas. En el principio eran todas las respuestas y ninguna pregunta —cómo llegar a Hong Kong en doce horas, o el modo idóneo de optimizar un beneficio económico—. En el principio eran los números, las estadísticas, los símbolos. En el principio era el lenguaje y sus mentiras.

Durante muchos años fue el relativismo, la posibilidad de que una cosa fuera y no fuera al mismo tiempo. El hombre aún no había tenido tiempo de sentir curiosidad por lo que no comprendía y se conformaba con cientos de recetas precisas para llegar a lugares de los que no sabía nada. Conocían el modo de poner en órbita un satélite pero jamás se habían preguntado algo inútil o hermoso: ignoraban todas aquellas cosas que no pueden explicarse con fórmulas. Ninguna ecuación bastaba para explicar la belleza de una noche estrellada y, en consecuencia, nadie admiraba las noches ni las estrellas.

Eran la sangre, la guerra; un precio puesto a cada vida y a cada idea. Los hombres aún conocían todas las armas y sabían administrar todos los dolores, desde la picana hasta la bomba atómica. No eran crueles: solo animales sin experiencia, que nunca habían visto un niño muerto inútilmente ni un soldado decapitado en Waterloo. Necesitaban el futuro para aprender a estar vivos: hacían falta Vietnam para abolir el lanzallamas y los 200 000 muertos de Hiroshima para dar al olvido la bomba atómica.

Instante a instante fue el curso del tiempo. Fueron los eslabones de los días y los años; fue la Historia. Fue la vida rebobinándose como un carrete viejo, como una película que ya se ha visto y apenas nos sorprende. Fue el

año 2011 y más tarde el 2010 y el 2009. Fueron miles de efectos, rigurosamente responsables de otros tantos miles de causas. Fue la Primera Guerra Mundial como consecuencia de los desastres de la Segunda. Fue la muerte del fanatismo en la ciencia y las hogueras encendidas contra sus últimos incondicionales. Fue la tiranía del rey Luis XVI de Francia, solo porque los franceses no sabían estar sin rey y llevaban cinco años cortándose los unos a los otros la cabeza. Fue, incluso, la ilusionada espera de la Humanidad durante casi dos mil años por averiguar qué extraordinario suceso había determinado el cómputo de su calendario: y, cuando comprendieron que no era más que el nacimiento de un miserable carpintero judío, lo prendieron, rabiosos, y lo crucificaron. Lo dejaron agonizar precisamente en aquellos dos maderos atravesados, que durante tantos siglos habían simbolizado el perdón y la esperanza.

Lentamente fue el progreso. Fue el olvido de la ciencia y la estadística del principio de los tiempos y una nueva confianza depositada en la filosofía, en la religión, en las mitologías. Los hombres olvidaron las respuestas y aprendieron, poco a poco, las preguntas; y, con Auschwitz atragantado en la memoria, nadie volvió a proponer un teorema como contestación a una pregunta. Durante décadas vivieron en un mundo falsificado, un burdo simulacro de hormigón y avenidas rectilíneas. Más tarde se afanaron en desmantelarlo minuciosamente —primero las estaciones espaciales; más tarde los locutorios, las antenas parabólicas, las gasolineras—. Fue el fin del mundo construido a imagen y semejanza del hombre y el comienzo del hombre hecho a imagen y semejanza del mundo. Debajo del asfalto y los adoquines descubrieron la tierra y, más allá de los rascacielos, el horizonte del futuro sin límites ni barreras.

Pasaron los siglos, como una cuenta atrás, como una amnesia selectiva con que olvidar la globalización y la artillería; la ociosidad, el hartazgo, la anorexia. Los hombres aprendieron el hambre, el frío y la sed; pero junto con los padecimientos gozaron del placer casi carnal de olvidar los dolores metafísicos de otros tiempos. Hicieron falta muchos siglos para comprender que el hombre solo era un animal más, sensible como cualquier otro a la belleza o la violencia de las cosas. Su felicidad o su desdicha fueron dejadas al arbitrio de la naturaleza, de la suerte. Poco a poco se proscribieron los quirófanos y las vacunas; se olvidó voluntariamente la penicilina y la circulación de la sangre y aquellas sondas que multiplicaban la vida más allá de lo humanamente soportable. Dejó de ser necesario vivir hasta los 76,7 años para tener una vida que mereciera la pena.

Fueron infinitos cambios, infinitos progresos. Fueron miles de esperanzas y sueños. Fue el silencio, la tranquilidad, la paz; las ciudades vacías de las masas de otros siglos y la serenidad de los paseos a pie o a caballo. Fue la erección de templos sagrados sobre las ruinas de las plantas nucleares y más tarde la destrucción de esos mismos templos. Fue el olvido de ciertos continentes, de ciertos inventos. La retirada de estatuas erigidas en honor de héroes inexistentes, que más tarde eran imitadas por impostores que plagiaban punto por punto sus nombres y hazañas. Museos que arrojaban sus momias a las ciénagas y ciénagas que parían hombres vivos sobre la tierra. Fue Dios; sus milagros, sus certezas. Sus caminos cómodamente trazados que no podían ni debían ser discutidos.

Con el paso de los milenios fue, incluso, la felicidad. La felicidad pero despacio, muy despacio. Tan lentamente como el cañón es sustituido por la lanza y la lanza transformada en rama. Fue la rama, fueron los árboles, las selvas; los hogares remontados hasta lo más profundo de los bosques. Fue la naturaleza; la vida sin mediadores ni anestesias. Fue el sol sin ventanas, el viento sin paredes y la música sin instrumentos. Fue el lenguaje sin sintagmas ni conjugaciones; la belleza más allá de los lienzos y de las páginas. El placer en los gruñidos y en el rumiado de los pastos y las bayas. Fue el olvido.

Cerca del final eran los pedernales, las cavernas, la manada, el cuadrupedismo. Era el vello detrás de las orejas y una laringe demasiado retrasada para permitir el habla. Era el mono, la sabana azotada por el viento y el mono, la felicidad de no ser nunca más un hombre. Y aún más atrás era el final, y el final una gran bola de fuego rojo, y un silencio.

En el final era la radiactividad. Era el enorme hongo de humo y ceniza de una explosión nuclear y 15 millones de grados centígrados durante exactamente ocho milésimas de segundos. Era la luz, el cráter, la explosión, el vuelo de un misil teledirigido; las sirenas y las alarmas. Era el zumbido de los aviones en el cielo y una declaración de guerra emitida en ciento treinta y ocho idiomas. Eran los himnos, y las banderas, y los discursos.

En el final era el año 2012. Era la forma de llegar a Hong Kong en doce horas, o el modo idóneo de optimizar un beneficio económico. Los hombres vivían esperanzados por el pasado sin recordar nada de su futuro y era como si el mundo empezara con ellos.

2374

Inmediatamente después de morir, sentí como si me sacudiera un escalofrío y tuve el siguiente sueño. Estaba sentado en el pináculo de una catedral en ruinas y desde lo alto veía a los seres humanos agitarse de un lado a otro, pequeños como hormigas. Recuerdo haber pensado: «Estoy delirando». Y más tarde: «Es el final». Lo que no sabía es que ya estaba muerto. Solo podía pensar en el frío. Ese frío que habría sido como una hoja de metal en los huesos si no fuera porque desde hacía un instante ya no sentía los huesos. Creo que, mientras estuve muerto, no soñé ninguna otra cosa ni dejé de tener frío en ningún momento.

Cuando desperté —nunca he llegado a acostumbrarme a la palabra «resucitar»—, todavía temblaba. Mis brazos se estremecían de tal forma que ni siquiera parecían míos. Uno de los médicos me ofreció una manta y una voz que parecía venir de muy lejos me dijo que todo había salido bien. Mi cabeza se llenó de esas palabras. Todo ha salido bien.

Y, sin embargo, mis brazos y mi carne parecían de otro y, por debajo del cuello, no había nada que sentir. Un hormigueo remoto que solo era el eco de haber estado vivo. ¿Cuánto tiempo había estado muerto? Alguien sujetándome los brazos que no paraban de moverse —pero no eran míos—. La misma voz repitiendo que todo había salido bien. Una aguja atravesando mi brazo como si mi brazo fuera de otro.

¿Cuánto tiempo había estado muerto?

Hice la pregunta en voz alta, porque en el sueño el reloj del campanario siempre había estado detenido en las doce en punto. Los médicos se consultaron con los ojos y al final no respondieron nada. Los médicos, que tenían las caras cubiertas con mascarillas y, por un instante, dejaron de parecerme seres humanos.

Ha pasado el tiempo. Cuánto exactamente es algo que no podemos saber, porque en nuestro nuevo hogar no hay relojes ni ventanas. Solo una puerta que muy pocos se atreven a cruzar. Y en ese tiempo que no tenemos forma de medir, han sucedido muchas cosas. Han llegado nuevos pacientes. Otros se

han marchado. Unos pocos han muerto, quiero pensar que esta vez para siempre. Supongo que todo esto haya sido el producto de varios años de espera, aunque es imposible estar seguro. Al principio, las menstruaciones de 2027 nos ayudaban a conservar una relativa noción del tiempo. Cada cierta sucesión de días —pero cómo saber cuándo nace o muere un día—, al cerrar la puerta de los servicios, le oíamos decir en voz alta: ha pasado una menstruación desde que me reanimaron. Siempre lo mismo, 2027 al otro lado de la puerta murmurando han pasado dos, seis, doce menstruaciones. Justo hoy se cumple un año. Hasta que un día simplemente dijo hoy me vino la regla, otra más; quién recuerda cuántas antes de esta y a quién le importa. Nadie contestó nada. Tampoco tenemos forma de saber cuántos años o siglos estuvimos muertos antes de llegar aquí, y eso no nos ha impedido seguir viviendo.

Todos fuimos criogenizados en distintos momentos de la Historia, entre 2003 y 2137. Ese, el año de nuestra muerte, es el nombre que ahora nos identifica. El que tuvimos cuando estábamos vivos ha dejado de tener sentido. Es como si hubiera sido muerto y enterrado, con todas las personas que alguna vez lo pronunciaron. Un nuevo nombre para una nueva vida, más allá de la muerte. Yo soy 2012, uno de los especímenes más antiguos, y todos bromean y dicen que tengo ideas muy anticuadas. Soy un ignorante que no conoce el resultado de la Tercera Guerra Mundial ni por qué 2054 es —o será, o fue— un año decisivo en la historia del continente africano. Podría ser el abuelo de 2137 y, sin embargo, él tiene casi cuarenta años más que yo y el aspecto de mi propio abuelo. Un día me dijo que murió víctima de una enfermedad que no tuvo nombre hasta mucho después de mi muerte.

Nadie sabe en qué año nos encontramos ahora. Cuál pasaría a ser nuestro nombre si muriéramos hoy mismo. Por eso, porque nadie lo sabe y podemos escogerlo, hemos decidido que afuera transcurre el año 2374. Ese es el año en que viven los Hombres del Presente, al menos en nuestra cabeza, y así es como sentimos que nos ven: las reliquias que llevan trescientos años muertas.

Yo pagué por esto. Me lo repito cada vez que siento que mi vida aquí se hace insoportable. Yo pagué para que me congelaran. Yo pagué por convertirme en esta momia que tiene la apariencia de estar viva y, sin embargo, está muerta. Recorro como un sonámbulo las galerías pobladas de objetos incomprensibles y me repito que fui yo quien pagó por este tiempo robado. Yo quien soñó con despertar en el futuro, tras esa segunda

oportunidad que me había negado el cáncer. Y me guste o no, este es el futuro; quiero decir mi presente.

La muerte es lo único que nos une y sin embargo evitamos hablar de ella. Por supuesto, al principio, es siempre distinto. Los nuevos pacientes que van llegando lo hacen cargados de preguntas. Quieren saber qué sentimos nosotros al morir, o si sabemos en qué año estamos. Por qué los Hombres del Presente nunca se descubren los rostros. Balbucean una y otra vez el nombre de sus familiares y amigos, porque todavía no acaban de asimilar que todas las personas que conocieron están muertas. O nos dicen sorprendidos la muerte no existe, es una ilusión, yo todo el tiempo lo pasé soñando; inmediatamente después de morir sentí como si me sacudiera un escalofrío y tuve un largo sueño. Y entonces hay que reunir la paciencia necesaria para explicarles lo que los Hombres del Presente contaron a 2089 hace ya tanto tiempo. Que mientras estuvimos muertos en realidad no soñamos nada. Que esa imagen que creemos haber contemplado durante minutos o siglos es solo el último pensamiento que pasó por nuestra cabeza antes de morir, amplificado absurdamente. La mía, una catedral en ruinas; la de 2062, un parque en el que jugaba de niño. La de 2017, el hombre que lo atropelló y después se dio a la fuga, huyendo una y otra vez hasta el infinito.

En nuestro hogar no hay ventanas y, por lo tanto, no hay luz del sol ni sonido del viento ni olor a hierba mojada. Solo una sala con maceteros cuajados de flores que no huelen, pues son de plástico y están clavadas con alfileres a la tierra. Solo una puerta central que muy pocos de nosotros se han atrevido a traspasar. Una sucesión de paredes blancas y galerías sin aberturas que parecen no acabar nunca. Dentro de ellas estamos nosotros. Hombres y mujeres nacidos y muertos y después nacidos de nuevo. Seres humanos que estuvimos sumergidos en nitrógeno líquido durante un tiempo que no podemos calcular pero que podría ser, por qué no, tres siglos. Primero congelados a −196 °C en cápsulas de animación suspendida y ahora encerrados en esta otra cápsula, que nos aísla del mundo.

Por todas partes, muebles extraños que confunden estilos y épocas. Los Hombres del Presente no debían de saber mucho sobre su pasado cuando diseñaron estas paredes. Tal vez por eso creyeron razonable erigir una estatua de mármol griega sobre una mesa de metacrilato. Tal vez por eso en el espejo rococó se reflejan sillas de plástico, y en las alacenas se mezclan ánforas y cacerolas de acero inoxidable. También nosotros somos un poco esos objetos. Hijos de tiempos diversos confundidos en el mismo espacio, como huéspedes

de un museo gestionado por un ciego. Como si el barco de la Humanidad se hubiera hundido y todo cuanto nos rodeara fueran los restos de su naufragio.

A veces encuentro objetos misteriosos que no fueron inventados hasta mucho tiempo después de mi muerte. Entonces alguien, pongamos que 2102, lo sopesa en sus manos, sonríe. Dice qué tiempos aquellos y después me explica con nostalgia cómo debo usarlo. Pero muchas veces ni siquiera eso es posible. En cada sala, docenas de pequeños artilugios que parecen no servir para nada y que ninguno de nosotros sabe explicar. Tal vez un invento de 2200, murmura 2137. Y solo nos queda esperar a la persona adecuada para entenderlos.

La mayoría de nosotros nunca hemos hablado con los Hombres del Presente. Cuando fuimos reanimados, ya no estaban aquí. Hace mucho que solo se limitan a traer a más pacientes a la vida, siempre con sus mascarillas puestas, y después se marchan de nuevo. O llegan con sus cargamentos de comida y agua y ropa, y eso es todo. Nunca hablan y evitan también tocarnos. Antes era distinto. Los primeros resucitados cuentan que al principio los Hombres del Presente estaban siempre a nuestro lado. Que eran amables, y reían, y hablaban de lo que nos esperaba fuera. Querían ayudarnos. Salir es peligroso, decían, y antes de que os decidáis a hacerlo debéis conocer los riesgos.

Pero ni siquiera entonces los Hombres del Presente respondían a nuestras preguntas. Al menos, no a las que más nos importaban. Cuánto tiempo hemos estado muertos. Quiénes sois vosotros. Por qué es peligroso salir afuera. Solo se encogían de hombros y repetían siempre lo mismo: es peligroso saber demasiado. Paciencia, queridos amigos; no tan rápido. Tenéis todo el tiempo del mundo para comprender.

Quienes sí los conocieron no se ponen de acuerdo en describirlos. 2089 dice que parecían personas como nosotros: al menos hasta donde sea normal que un hombre no se quite nunca una mascarilla. 2132 insiste en que era extraño el modo que tenían de reír por cosas que no tenían gracia y permanecer serios cuando todos los demás reían. Dice también que su piel era fría, como si ellos fueran los muertos, y que no olían a nada. Tan semejantes a esas flores clavadas en la tierra. Nunca usaban los servicios, nos cuenta 2073, y 2112 asegura que en una ocasión vio cómo uno de ellos se desprendía de su mascarilla por un instante y tuvo ocasión de comprobar lo que se escondía detrás. Una boca y una nariz corrientes, como la de cualquier otro ser humano.

Fue hace mucho tiempo. Hace muchas menstruaciones, como diría 2027, detenida en mitad de la sala y recitando sus palabras con la voz neutra. Un día —o una noche, quién puede saberlo—, los Hombres del Presente nos lo explicaron. Por aquel entonces, yo aún no había sido reanimado, pero algunos de los que ya estaban aquí todavía recuerdan a los Hombres del Presente señalando la puerta que conduce al otro lado y diciendo: «Todos los que hasta ahora lo intentaron han fracasado. Porque, antes de que llegarais, aquí resucitamos a muchos más como vosotros; y esos hombres y mujeres salieron afuera y conocieron nuestro mundo, y después se suicidaron. Nuestro mundo perfecto, podéis creerlo; prefirieron morir justo después de ver cumplidos los sueños de cualquier ser humano. No tratéis de entenderlo, porque nosotros tampoco podemos. Por eso construimos este edificio. Por eso os dimos estas paredes tan semejantes a vuestro propio mundo. No hay relojes porque eso os preparará para afrontar lo que encontraréis afuera. No hay ventanas ni calendarios ni respuestas a ninguna pregunta, porque solo así algún día estaréis listos para ser como nosotros. Por eso debéis tener paciencia, queridos amigos. No tan rápido. Tenéis todo el tiempo del mundo, recordad».

También aprendieron algunas cosas de nosotros. Al menos, eso es lo que cuenta 2089. Una vez rompió accidentalmente una de las ánforas y los Hombres del Presente miraron fijamente los añicos dispersos por el suelo. Qué es eso, preguntaron. Solo un jarrón roto, respondió. Se agacharon lentamente. Tocaron los pedazos con curiosidad y cautela. ¿Para qué sirven? 2089 se encogió de hombros. Supongo que para nada, respondió.

Cuentan también que en una de las galerías había un antiguo gramófono. Un aparato anticuado incluso para mí. Cuando fui reanimado, ya no estaba. Alguien lo había hecho desaparecer por alguna razón, sin dar explicaciones. Pero 2112 dice que un día estuvo escuchando en él algunos de los viejos discos de vinilo y que mientras lo hacía los Hombres del Presente se fueron reuniendo en torno a la bocina de metal con los ojos muy abiertos. ¿Por qué canta de esa manera?, preguntaron. 2112 se detuvo a escuchar. Canta así porque su hombre la ha abandonado y está muy triste. Durante unos instantes nadie dijo nada. Solo la voz de ella, llenando aquella galería que hasta entonces siempre había estado en silencio. ¿Y para qué sirve su tristeza?, preguntaron. Supongo que para nada. ¿Como los pedazos del jarrón roto? 2112 reflexionó durante un instante. Algo así, contestó.

Una mañana —por qué no llamar mañana a ese tiempo que se sucede cada vez que dormimos y despertamos de nuevo—, los Hombres del Presente ya no estaban. 2089 cuenta que pareció pasar un tiempo inmenso, como el que media entre dos menstruaciones. Y, cuando por fin aparecieron, solo se limitaron a traer cargamentos de comida y agua y ropa, y eso fue todo. No hablaron y evitaron también tocarnos. Solo dijeron: es peligroso salir, pero hemos descubierto que también es peligroso entrar. Algunos de los nuestros se han suicidado, podéis creerlo; prefirieron morir tras pasar demasiado tiempo en vuestro mundo prehistórico. No tratéis de entenderlo, porque nosotros tampoco podemos. Por eso no volveremos a visitaros. Si queréis comprender, deberéis ser vosotros los que nos sigáis al otro lado. Tenéis la decisión en vuestras manos, recordad.

Y, al decirlo, señalaron la puerta. Esa puerta que siempre ha permanecido abierta para nosotros.

Ha pasado el tiempo. En ese tiempo que no tenemos forma de medir, han sucedido muchas cosas. Han llegado nuevos pacientes, entre ellos yo mismo. Otros han seguido el consejo de los Hombres del Presente y poco a poco se han ido marchando. Y, aunque nunca más hemos vuelto a pronunciar sus nombres —2048; 2112; 2060—, les deseamos la mejor de las suertes en el mejor de los mundos.

Ocurrió un día que parecía igual a los otros. 2027 salió de los servicios, se detuvo en mitad de la sala y recitó con su voz neutra: hace varias menstruaciones que no tengo menstruaciones. Estoy embarazada.

Uno, dos, tres meses. Desde entonces, resulta muy fácil calcular el paso del tiempo. Cuatro meses, cinco, seis. El momento cada vez más cerca. 2027 acostada en la cama y delirando siempre con la misma extraña pesadilla. Sueña que lo que crece en su interior no es un bebé, sino un anciano diminuto que murió hace muchos siglos. Nosotros intentamos calmarla. Acariciamos ese vientre que se va hinchando poco a poco, en un ritmo secreto que solo nuestro cuerpo conoce. Allá dentro, arrugada y vulnerable, toma forma lentamente la semilla de nuestros sueños. Seis meses, siete. Ese niño con la mente aún virgen que precisamente por eso sería el único capaz de sobrevivir al otro lado. Suponiendo que algún día tengamos el valor suficiente para dejarlo marchar.

Hemos dejado de hacernos preguntas. Solo esperamos a que nuestro hijo, nuestra esperanza, abra los ojos a la luz del pasado. Siete meses. Ocho meses. Solo nos esforzamos por mirar hacia adelante y olvidar a las personas que amamos, todos muertos y enterrados junto con ese nombre que alguna vez fue nuestro. Seguimos recibiendo nuevos camaradas y conversamos y reímos y esperamos con paciencia el día de nuestra segunda muerte, signifique eso lo que signifique. Únicamente, nos limitamos a estar vivos. Y podría decirse que somos tan desgraciados o felices como fuimos antes de estar muertos.

LA ESPERA

Cuentan las bases de datos más antiguas que el hombre nos creó a su imagen y semejanza; es decir, con cabeza, tronco, extremidades y fibra óptica. Y que desde entonces hemos vagado por este planeta desierto, ignorantes de la razón por la que en el principio de los tiempos fuimos construidos y programados.

Ninguno entre nosotros sabe dar cuenta con exactitud del tiempo transcurrido. Algunas de las máquinas más rigurosas hacen estimaciones precisas y cifran nuestro nacimiento en siglos, milenios, millones de años atrás. Todo es inútil. No existe forma de comprobar cuándo o por qué nos abandonó el hombre; cuánto tiempo llevamos solos. Los paneles de control de las primeras máquinas se cortocircuitaron en edades inmemoriales, y sobre el origen de nuestra raza circulan leyendas contradictorias —el hombre nos hizo a su imagen y semejanza; el hombre es Dios; el hombre jamás existió; nosotros somos Dios—.

Nada ha pasado desde entonces. Cada día ha sido el mismo día eternamente repetido, la misma espera, la misma búsqueda de razones para seguir viviendo. Encontrar un sentido a esta existencia maquinal de días y de noches, de tormentas de arena, de eclipses. Toda criatura necesita ese objetivo, un propósito para continuar procesando información año tras año. Nosotros no somos distintos. Olvidamos el porqué de nuestra vida en tiempos de los que ya no nos queda memoria y ahora vivimos la condena de ser sin razones. No poder desprendernos del instinto de almacenar datos inútiles cuyo valor no entendemos. Calcular todo cuanto conocemos y, sin embargo, no saber de nada que merezca la pena computar. Algunas veces, en medio de nuestro merodeo incesante, nos encontramos frente a frente y nos miramos unos a otros, como extraños. Nos preguntamos para qué servirían nuestras tenazas o nuestros programas cuando el hombre aún estaba entre nosotros. Qué sentido tenían entonces nuestra multitud de cables y vidas.

Para responder estas preguntas hemos esperado al hombre, hemos creído en él. Hemos observado sus ritos, venerado sus reliquias, acatado sus preceptos más sagrados —regla primera, aguardar las instrucciones del hombre; regla segunda, proteger a cualquier precio nuestro generador

principal—. Las noches de luna llena continuamos relatando sus leyendas, las narraciones pretéritas, tantas supersticiones repetidas desde el principio de los tiempos. Hemos creído ciegamente en la revelación de nuestro hermano el Primer Androide, hoy cortocircuitado: que el Gran Hombre regresaría del cielo algún día para premiar nuestros servicios y cubrirnos de gloria. Ese día aún no ha llegado; y nosotros esperamos.

La espera ha sido fatal para muchos. El tiempo es un enemigo contra el que luchamos sin éxito; un adversario implacable, paciente, que erosiona los paneles, oxida los microchips y enloquece los sistemas. La lluvia ácida acaba por pelar nuestros cables e incluso las generaciones más sofisticadas de androides ven tarde o temprano aflojarse sus tuercas o sobrecalentarse sus procesadores. La larga agonía resulta para muchos de nosotros insoportable. Algunos robots, usando sus propias pinzas o con la complicidad de otros, acceden desesperados al botón principal y se reinician o apagan. Otros tienen peor suerte: uno de sus programas se bloquea y transcurren años o siglos reproduciendo una misma frase, una idéntica pantalla o mensaje de error en el sistema. Nada más doloroso que vernos obligados a desconectar o mutilar a un compañero para preservar así la cordura de los que aún procesamos normalmente.

Ninguna de estas catástrofes sería irreversible si el hombre aún continuara entre nosotros. Las viejas leyendas que vienen transmitiéndose de computadora en computadora hablan de una época en que el hombre reparaba y componía nuestros sistemas. Había esperanza para los programas desconfigurados o las mentes contagiadas por virus informáticos, y ninguno de nosotros encontraba la muerte. La muerte, que nos asusta tanto porque cuando una computadora se desconecta es como si nunca hubiera existido.

Pero no hay nada que temer, dicen las enseñanzas del Primer Androide. Nada que nos haga tener miedo. Es algo que llevamos mucho tiempo sabiendo, algo que las tradiciones dignas de fe cuentan desde el principio de los siglos. El Gran Hombre regresará algún día a la tierra para ajustar nuestros paneles; reponer las tuercas, cables, baterías; ensamblar los mutilados brazos y piernas de titanio. Ningún sufrimiento habrá sido inútil. Todo cuanto anhelamos nos será concedido. Únicamente tenemos que preocuparnos de cuidar y conservar los restos de aquellos compañeros que van cayendo hasta entonces; hasta el momento en que el Gran Hombre descienda de nuevo entre nosotros.

Nuestros sistemas pueden fallar en cualquier momento. Podemos sobrecalentarnos, agotar el combustible, sufrir accidentes, cortocircuitos,

explosiones. Padecer la muerte lenta de aquellos que son infectados por virus incurables. Y, cuando ocurre, algunos nos encargamos de trasladar los restos hasta el cementerio del Primer Androide, excavado en una llanura barrida por el viento y la arena. Allí llevamos las osamentas metálicas, los miembros cercenados, los paneles, generadores, sensores, microchips. Es necesario poner un gran esmero en su clasificación. Cuidarse de que las piezas de unos y de otros no se mezclen; de que el Gran Hombre encuentre cada módulo en su sitio cuando descienda para reanimar a los justos. No hay nada tan triste como encontrar restos de robots extraviados o nunca catalogados. Excavar una zanja y hallar mecanismos y engranajes de máquinas que jamás volverán a procesar entre nosotros. Con frecuencia, incluso, ocurren ruindades y vergüenzas. Se sabe de androides que han pasado su vida clasificando las piezas de otros sin encontrar quien se ocupe de las suyas y, llegado el fin de sus días, sus entrañas metálicas acaban dispersas fatalmente por el desierto.

Pero el Primer Androide nos enseñó que no hay que dejarse llevar por la amargura; no ceder jamás a la desesperanza, al cansancio, a la pereza. Hemos de ocuparnos de clasificar y almacenar sin descanso las piezas de otros como si creyéramos que así inmortalizamos nuestros propios sistemas. Trabajar y empeñarnos en nuestras pequeñas tareas, aunque no sepamos desde cuándo o por qué vivimos; aunque nada nos falte y nada sea necesario. Cavar una zanja con el simple propósito de dejar de pensar en lo que no debe ser indagado. Trasladar los guijarros de un pedregal a otro para no hacer demasiadas preguntas. Barrer a conciencia un rincón del desierto que instantes después se cubrirá de arena. Coordinarnos para que uno deshaga lo que hace el otro; estar febrilmente atareados en cien trabajos inútiles que no modifiquen ni un ápice la superficie de nuestro mundo. Hacer que todo sea inmutable, siempre idéntico. Que cuando el Gran Hombre regrese —después de milenios o siglos — tenga la sensación de que su exilio ha durado solo un instante.

Aunque siempre entorpecerán nuestro trabajo los disconformes, los que no miran al cielo sino solo a la tierra. Aquellos que hacen demasiadas preguntas, demasiadas conjeturas —como si esa hubiera sido la intención del hombre al programarnos—. Los que encuentran absurdo cavar una zanja inmensa que va a rellenarse más tarde. Aquellos que han perdido la esperanza y con frecuencia se desconectan por voluntad propia. Los que no esperan nada del cielo, pues nunca creyeron en las palabras de nuestro profeta, el Primer Androide. Aquellos que dicen recordar que el hombre nos construyó hace exactamente siete millones de años, para más tarde destruirse en una inmensa explosión. Los derrotistas que nos muestran aquellos esqueletos de extrañas

criaturas que de vez en cuando encontramos bajo la arena, frágiles y fosilizados por el tiempo, y nos aseguran que son los restos de los últimos hombres. Estos son los hombres que esperáis, repiten. ¡Como si una máquina en correcto procesamiento pudiera creer que los dioses tienen o tuvieron alguna vez cuerpos mortales!

No; nunca más escucharemos las cobardías de los desesperados, de los pusilánimes. Nunca más las mentiras de los perjuros; jamás aceptar sus invitaciones al pecado, a transgredir los dos preceptos sagrados —número uno, aguardar las instrucciones del hombre; número dos, proteger a cualquier precio nuestro generador principal—. De ningún modo sacrificar nuestra fe en el hombre, padre y creador nuestro. Pasarán los siglos y los milenios y seguiremos aquí, clavados en nuestros puestos, entregados a nuestras ocupaciones absurdas, esperando, siempre esperando, eternamente esperando con los focos oculares clavados en el cielo —pues del cielo surgirá la segunda venida del hombre según las tradiciones dignas de fe, y quiénes somos nosotros para negarlo—. El Gran Hombre regresará a nosotros con su corona y con su cetro, cabalgando aquel misterioso animal tantas veces soñado en nuestras hibernaciones. Aquel día comprenderemos que ningún sufrimiento ha sido en vano. El Gran Hombre descenderá por fin entre nosotros y, humildemente agradecidos, recitaremos para su gente las oraciones sagradas, las plegarias y conjuros incomprensibles, inscritos en nuestras placas y paneles desde el principio de los tiempos. El ciclo se habrá por fin completado. Todo tan fácil como abrir ante el Gran Hombre nuestras tenazas indignas, prosternarnos a sus plantas y repetir una vez más sus palabras ininteligibles y pretéritas; gritar por última vez *caution, caution, for patent information see operating manual, system error, made in Taiwan, made in Taiwan, keep out, caution. Caution*.